



EDICIONES
BISTAGNE

MARIA FERNANDA LADRON DE GUEVARA

ANTONIA PLANA

RAQUEL RODRIGO

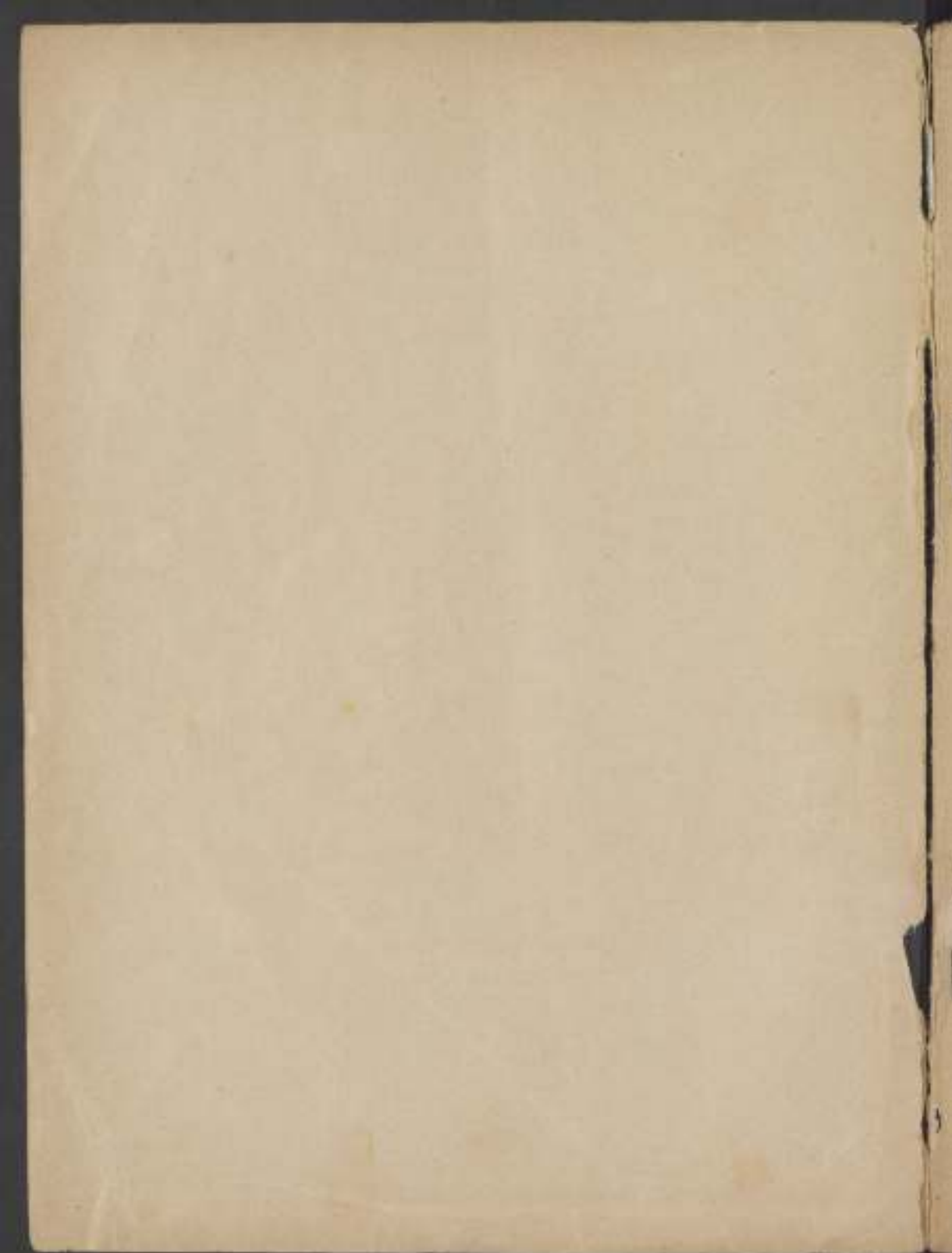
MANUEL PARIS

PEDRO TEROL

PEDRO LARRAÑAGA

FERNANDO F. DE CORDOBA

ORDIO



ODIO

Es propiedad de Ediciones
BISTAGNE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseje de la Paz, 10 bis - Tel. 15351 - BARCELONA

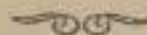
ODIO

Superproducción nacional de gran éxito. Argumento de
W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

Director

RICHARD HARLAN

Producción STAR-ORPHEA



Exclusiva de

CINNAMOND FILM

Balmes, 51

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES:

MARÍA F. LADRÓN DE GUEVARA

Antonia Plana

Raquel Rodrigo

Manuel Paris

Pedro Terol

Pedro Larrañaga

Fernando F. de Córdoba

ODIO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

La hora melancólica del atardecer en un pueblecito costero de Galicia. Se oía el toque del Ángelus. Por el camino pasaba una carreta cargada de mieses. El zagal que la conducía cantaba una copla que armonizaba con la dulce tristeza del momento.

Se ocultaba el disco dorado del sol en la curva magnífica del horizonte. Se perdió la carreta en la

lejanía y se oyó una campanita que llamaba a oración.

Como si la voz lejana de la campana les empujara a la meditación, dos campesinas interrumpieron sus faenas, se enjugaron el sudor de la frente y dirigieron una mirada llena de unción y respeto a aquella lejanía invisible donde se oía el voltear de la campana.

Cerca se erguían las copas agu-

das y esbeltas de los cipreses que adornaban las humildes tumbas del cementerio pueblerino.

Allí, sobre la losa de un sarcófago, depositó Octavia unas flores.

Octavia era una mujer joven, alta, arrogante, de porte señorial.

Vestía de luto y en sus ojos resplandecía la húmeda tristeza del llanto.

Don Pedro, su tío, la acompañaba. Cuando Octavia hubo hecho aquella ofrenda a la memoria de su madre, cuyos restos yacían bajo la blanca losa, se cogió del brazo de su tío y los dos juntos marcharon hacia la puerta.

Allí les esperaba el auto.

—Si mi madre nos ve, tío, te bendecirá desde el cielo. Y yo quiero decirte también en este momento todo lo que agradezco la felicidad que me das. ¿Qué hubiera sido de mí sin tu amparo?

Don Pedro apoyó afectuosamente la mano en el hombro de la joven.

—¿Y no seré yo el que te deba la alegría que trajiste a mi casa? La casa de un viejo donde no había más que el mal humor de mi hermana, tú tía Irene.

—Eres muy bueno, tío. Mi ma-

dre confiaba justamente en ti. En sus últimos días su penosa obsesión era la miseria en que me dejaba.

—No hay que pensar ya en eso, Octavia. Bien sabes que eres como una hija para mí y que no deseo más que tu ventura. Vámonos. El viaje es largo y mi hermana Irene, cuando espera mucho tiempo, se dedica a inventar frases molestas.

Ya tenía Octavia el pie en el estribo, cuando se detuvo absorbida por una idea repentina.

—Hacia dos años que no había venido por aquí. Me gustaría ver la casa donde viví tanto tiempo con mi madre.

—Si no nos detuviéramos mucho...

—No podríamos detenernos aunque quisiéramos, tío. Todas mis propiedades se pueden recorrer en cinco minutos, y eso no yendo muy de prisa.

—Puesto que tanto lo deseas... Anda, sube.

Subieron al auto y dieron al chofer la dirección de la vieja casa de Octavia.

Aquella vivienda era una de las escasas propiedades que Octavia había podido heredar de su madre al morir ésta. Allí vivía Rosenda, la

sirvienta fiel, tan vieja como la casa, que cuidaba las exiguas propiedades.

Octavia se sintió dominada por íntima emoción al ver aquella puerta que tantos recuerdos encerraba.

La empujó y entró seguida de don Pedro.

Rosenda, que en aquel momento se ocupaba de sus tareas culinarias, tan sobrias y simples como sus comidas, por cierto, lanzó un grito de alegría al ver a Octavia y corrió a abrazarla.

Casi llorando, murmuró unas palabras de ternura maternal a las que Octavia repuso con emoción idéntica.

Después dirigió la joven una mirada en torno suyo.

Todo cuanto veía estaba para ella empapado de evocaciones.

—Me parece como si hasta ahora no hubiese advertido la tristeza de esta casa y lo angustiosa que era nuestra vida en ella—declaró Octavia—. En dos años todo se ha hecho viejo aquí.

—Ya era viejo cuando yo nací, señorita—replicó Rosenda.

—Pero yo no lo veía así. Entre todo eso estaba el cariño de mi madre y mi fantasía de muchacha...

—Lo que pasa —repuso Rosenda, certeramente— es que ahora viene la señorita de sitios mejores.

Y añadió con su acento gallego, muy pronunciado y dulzón:

—La señorita se ha hecho más hermosa y hasta parece más joven. En cambio, aquí todo está más viejo. Hasta la misma tierra parece que está cansada, por lo poco que da. Ahora la señorita ya no sabría vivir entre nosotros.

—Ni vivirá, Rosenda —declaró don Pedro—. Me hace falta en el pazo. Y ya que nos hemos visto, quiero decirte que cuando tengas que darnos detalles de tu labor administrativa, le pidas a alguien que te escriba las cartas.

—¿Es que no las entienden? —exclamó Rosenda, desolada.

—No.

Rosenda unió las manos, condescollida.

—¿Tampoco entendieron la última?

—Tampoco.

—¡Eso que me pasó un día entero escribiéndola!... ¿Entonces no saben que nacieron dos cerditos? ¡Ya me extrañaba que no me preguntaran! ¡Dos crías hermosísimas! En una semana no se habló de otra

cosa en el pueblo. ¡Vengan, vengan a verlas!...

—¡Imposible! — protestó don Pedro—. Aun tardaremos varias horas en llegar al pazo. Otra vez las veremos.

—¿Cuándo será esa "otra vez"? — inquirió Rosenda, mirando a Octavia con expresión suplicante.

—No sé, Rosenda.

—Cuando la casemos — exclamó don Pedro, alegremente.

—¿Se va a casar la señorita?

—¡Claro! ¿Crees tú que mi sobrina puede quedarse para vestir santos?

—¡¿¿, Rosenda! Nos vamos.

—¿Ya se van?

—Sí, se nos hace tarde.

—¡Oh, esperen! Quisiera que la señorita se llevara un recuerdo mío. Vuelvo en seguida. La traeré uno de los cerditos.

—No — protestó don Pedro—. No traigas nada. Es mejor que los cuides tú. Nosotros te lo agradecemos lo mismo que si nos lo lleváramos. Cuando esté convertido en longanizas, lo mandas... Y toma, para que te compres un pañuelo.

Entregó un duro a Rosenda.

La buena mujer lo cogió, depositó en él un beso y se lo guardó.

—Dios le bendiga, don Pedro.

Y tío y sobrina volvieron a tomar el auto, que los condujo a la ciudad.

II

—Me voy a mi habitación, tío. Quiero comprobar si la modista me ha enviado mis trajes.

—¿Tanto urgen?

—¡Claro! ¿Has olvidado que hoy es el último día de mi luto?

—No. Recordaba ese detalle, así como que mañana damos una fiesta en honor de Jorge, por haber salido bien en los exámenes a capitán de la marina mercante.

—Es verdad. Mañana festejamos a Jorge.

Y hubo una pausa durante la que Octavia permaneció pensativa y sonriente. Sin duda era el recuerdo de Jorge el que le inspiraba aquella dulce sonrisa.

—Espero — dijo don Pedro — que el nuevo capitán te encontrará,

por lo menos, tan guapa como con los trajes negros.

—No creas que a Jorge le interesan demasiado mis trajes.

—Y hace bien. Te quiere por razones más hondas. Como debe quererse. Si no fuera así, no le tendría afecto.

Algo que era como un relámpago de ilusión pasó por la mirada de Octavia.

—¿Verdad que lo merece?

—Ya lo creo. Es un buen muchacho al que aprecio por su seriedad. No es ya un niño, y su carrera no puede ser más brillante. Si os casáis, sabrá ofrecerte una vida venturosa.

—¿Si nos casamos? ¡Pero si aun no me ha hablado de eso, tío!

—No importa. La primera vez que te hable será definitiva. Le conozco bien. Desde que empezó a tratarte, he podido analizarle detenidamente.

—Yo también, tío.

Y añadió, en una explosión de cariño que le fué imposible disimular:

—¡Le quiero tanto!...

* * *

—Tengo que decirte que no apruebo esos vestidos — dijo doña Irene, señalando una caja que había sobre una silla.

—¿Qué tienen mis vestidos, tía? — inquirió Octavia, al mismo tiempo que empezaba a examinarlos.

—¡Qué sé yo! Damasiada modernidad, que en este caso quiere decir descoco. A uno le sobra escote, a otro le faltan mangas y todos son de una transparencia de tela de cebolla.

—Estamos en verano, tía...

—Estamos en una época sin pudor — replicó vivamente doña Irene—. Y a mí me agradaría que no te sometieras a esas modas. Si en mis tiempos hubiera salido una muchacha a la calle como vais vosotros ahora, se habría producido un motín. Todo está relajado.

Octavia, que absorta en la contemplación de sus vestidos, apenas había prestado atención a las palabras de su tía, exclamó:

—¡Ya verás cómo voy a lucir mañana en la fiesta, tía!

Y se marchó con sus vestidos para probárselos.

Don Pedro la siguió con una alegre mirada, y doña Irene clavó en su hermano sus ojos llenos de contrariedad ante tanta indulgencia.

—Me permito decirte, Pedro — declaró con cierta aspereza—, que no estoy conforme con esa fiesta.

—¿Por qué?

—Porque se llenará la casa de soldados.

—Te advierto, Irene, que los marinos mercantes no son soldados.

—Me da lo mismo. Lo sean o no, revolverán toda la casa.

—Los marinos son personas correctísimas.

—Tú lo ves todo de color de rosa.

—Pero ven acá, mujer. Yo he organizado esta fiesta, a la que sólo concurrirán contados amigos nuestros y de Jorge, por Octavia.

—¿Es ella la que se ha examinado?

—No. Pero la pobre lleva dos años sin gozar de la menor alegría. En este pazo, ni al sol se le permite reír.

—¿Lo dices por mi carácter?

—Lo digo porque Octavia y Jorge se quieren y yo deseo que este amor cristalice en boda.

—¡Estás loco!

—¿Tampoco te parece bien que piense en casarla?

—¡Claro que no! ¿Cuándo se ha visto que una mujer se case con un hombre con el que apenas lleva un año de relaciones?

—En nuestro tiempo estaría mal visto. Hoy es muy corriente y me parece admirable que sea así.

—Pues a mí no. Ciertas cosas hay que tomarlas con tiempo.

—Por eso te quedaste tú soltera: por tomar tantos años para decidirte.

—No me pesa.

—Ni a mí, que, gracias a ello, te puedo conservar a mi lado. Pero a veces pienso que la vida en este pazo sería más risueña con unos rapaces que turbaran un poco la hosca inmovilidad de estos muebles.

Y al decir esto, su voz estaba impregnada de melancolía.

III

Satisfecho podía estar Jorge del esplendor de la fiesta. El salón rebosaba de gente. Abundaba el elemento joven. Muchachas distinguidas que lucían bellos vestidos. Lo más selecto de la juventud masculina. Uniformes flamantes, impecables trajes negros.

Una orquesta aumentaba la alegría del acto, y mientras la juventud bailaba—y entre ella Jorge y Octavia, que no sabían disimular el lazo espiritual que los unía estrechamente—, doña Irene, la intrasigente moralista, conversaba con otras viejas, tan agrias y estiradas como ella.

Don Pedro conversaba con Condar, un hombre joven, recio y de

aventajada estatura. Sus modales eran rudos y su aspecto el de un ricachón que todo lo confía al poder de su dinero.

Pasaron bailando Octavia y Jorge por delante de su tía. Iban tan amartelados, que parecían ausentes de cuanto les rodeaba.

Esto produjo a doña Irene un efecto que se dejó traslucir en la crispación de su semblante.

Enmudeció la música. Don Pedro, que se había separado de Condar, fué a reunirse con Octavia y con Jorge.

Dijo a este último:

—¿Has visto a tu amigo Podar?

Jorge y Octavia se echaron a reír.

—¿He dicho alguna tontería? —

inquirió don Pedro, un tanto asustado.

—Ninguna — repuso el marino.

—Es que mi amigo, aunque comercia con árboles, no se llama Podar.

—Se llama Gondar — explicó Octavia.

—¡Ah!

Y rogó a Jorge:

—¿Quieres buscarlo? Estábamos hablando de que quería comprar los pinos, y ha desaparecido.

—En seguida se lo traigo.

Y mientras Jorge iba en busca de Gondar, Octavia preguntó a don Pedro:

—¿Crees que te comprará todos los pinos?

—Sí, ahorrinita. Es hombre de dinero. Gallego también, pero establecido en Méjico.

—En efecto, he oído decir que todo lo que tiene de rudo, tiene de ricachón.

—Cuando se trata de hacer negocio, importan muy poco esas cualidades, y si me apuran mucho, diré que prefiero tratar con un hombre rudo y francote que con esos otros que están tan llenos de finuras como de malas artes.

—Acaso tengas razón.

Jorge encontró en seguida a Gondar y lo condujo al lado de don Pedro.



Doña Irene y sus dos amigas estaban pasando un mal rato.

—¿Pero han visto ustedes qué juventud tan desecada? — exclamó la hermana de don Pedro.

—¡Cómo han cambiado los tiempos! — repuso una de las amigas.

—Y qué poco han favorecido esos cambios a las mujeres que los adoptan.

El otro vejastorio replicó:

—No hay que achacarle la culpa a los tiempos. De eso sólo es responsable el que educa de modo tan

inconveniente a la juventud. Ahí tienen ustedes a mi nieta. Es más moderna que muchas que se las dan de jovencitas, y vean ustedes qué encantadora expresión de recato la suya.

Y añadió, orgullosa:

—Todo eso se debe a la educación rigurosa que le he dado.

Doña Irene y la otra dama miraron hacia donde la educadora les señalaba y pudieron ver a una muchachita de unos diez y ocho años, vestida del modo más lamentable que los inventores de disfraces puedan imaginar y con una cara, la pobrecita, que los niños la habrían tomado por el "coco".

Se comprendía que aquella muchacha no andara flirteando y coqueteando con los hombres. Por desgracia, no se habría encontrado en toda la comarca un varón que tuviera las tragaderas suficientes para cambiar dos palabras seguidas con aquel adefesio.

—Eso es educar a una muchacha como Dios manda — dijo la señora, muy convencida.

Y la otra vieja, que para eso de saberir se pintaba sola, lanzó este dardo, dirigido evidentemente a Octavia:

—Otras, en cambio, qué educación tan distinta demuestran.

Entretanto, Jorge y Octavia, ignorantes de los comentarios que estaban mereciendo, dialogaban en la terraza.

—Estoy contento — decía Jorge — de haber triunfado en los exámenes, porque así te puedo ofrecer la alegría de mi triunfo.

—Amas de tal modo tu carrera, que a veces me siento celosa.

Jorge se echó a reír, radiante de felicidad ante aquellas pruebas de cariño.

—Antes de conocerte — respondió —, mi carrera era lo único que me interesaba. Ahora no es más que uno de los caminos que me acercan a ti. Así tengo un nombre y una posición que ofrecerte. El día que tome el mando del "América", seré tan dichoso como cuando tome tu mano de esposa.

Y se apoderó de aquella mano tan amada y la estrechó contra su pecho.

Muy lejos de retirarla, Octavia había dado a su rostro una expresión de felicidad.

De pronto, una de las rígidas damas que acompañaban a doña Irene, se dió cuenta de que desde don-

de estaba podía verse perfectamente aquel cuadro de amor.

Le hizo un guiño a la otra y ésta dirigió a los novios una mirada que sirvió de guía a doña Irene.

Cuando la tía de Octavia vió aquella escena que para ella era escandalosa, se levantó y llamó a Octavia.

La joven se separó de su novio para acudir a la llamada.

—¿Qué quieres, tía?

—Que tengáis un poco más de compostura — repuso la señora ásperamente.

—¿Eh? — fué todo lo que el asombro le permitió contestar a Octavia.

—Parece que tengáis remaches en las manos. Todo el mundo está pendiente de vosotros.

Octavia miró a su alrededor.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Aquí — repuso la dama, señalándose a sí misma.

Y dió media vuelta y volvió al lado de sus amigas, que la recibieron con muestras de aprobación.

IV

Gondar y don Pedro hablaban de sus asuntos.

—Hace quince días — decía aquel — estuve visitando sus bosques y conozco los pinares.

—En ese caso no tengo que alabar la mercancía.

—Pero hay que modificar el precio.

—¿Le parece a usted mucho lo que le he pedido?

—Sí. Ya le he dicho lo que puedo darle.

—Pues bien, ¿le parece que partamos la diferencia?

—Conformes. La firma del contrato, mañana.

—¿Mañana precisamente?

—Sí. En los negocios, el que espera pierde.

—Perfectamente. Mañana le espero en mi despacho.

Y, en efecto, al día siguiente se reunieron en el despacho de don Pedro.

Firmaron un documento por duplicado y cada uno se guardó una copia.

Después Gondar sacó un talonario de cheques, llenó y firmó uno y se lo entregó a don Pedro, al mismo tiempo que le declaró:

—Reconozca que es mejor asunto para usted que para mí. Pinares hay muchos, y compradores que paguen en moneda corriente hay po-

cos. He aquí el importe del primer plazo; el resto, al terminar la tala.

—¿Cuándo quiere usted empezar?

—En la semana próxima.

Entró Octavia y, al ver a Gondar, se detuvo.

—Perdón, creí que estabas solo, tío.

—Al señor ya le conoces de ayer —dijo don Pedro.

—Sí; me lo presentó Jorge.

—No es de ayer de cuando nos conocemos, señorita —objetó Gondar—. Hace muchos años que nos hemos hablado.

—No recuerdo...

—Es imposible que recuerde. Era usted casi una niña. Yo soy de la misma aldea donde usted vivió tanto tiempo. Alguna vez he estado en su casa.

—No sé...

—De esto hará unos diez años... Un día me cansé de aquella miseria y me marché a México. Quise hacer fortuna y lo logré...

—Y a pesar de lograrlo, aun trabaja —explicó don Pedro—. Eso es simpático.

—Todavía soy bastante fuerte. Y, además, yo siempre tengo algo por conseguir. Ya ve, su tío no quería venderme los pinares y he logrado vencer su oposición.

Octavia preguntó, dirigiéndose a su tío:

—¿Los has vendido?

—Sí. Acabamos de firmar el contrato.

—¿Qué pena!

—Pena, ¿por qué? —inquirió Gondar—. Don Pedro ha hecho un buen negocio.

Octavia, dirigiendo la mirada a una gran foto del pinar que había colgada en la pared, y sonriendo para ocultar su desagrado, dijo:

—¡Los pobres árboles! ¡Tan bonitos! ¡No hay nada más hermoso que un árbol!

—Un billete, señorita —replicó rudamente Gondar.

* * *

Ya había comenzado Gondar sus trabajos en el bosque. Un número considerable de taladores se dedicaban a cortar árboles. Otros ter-

minaban el pabellón que había de ser la vivienda de Gondar. Era una rústica casita en la que el único material de construcción consistía en gruesos troncos. Gondar inspeccionaba estos trabajos.

Apareció Octavia en el bosque. Quería despedirse de aquellos pinos antes de que el pinar quedara convertido en un campo desierto.

Se oyó un grito:

—¡Cuidado, señorita!

Octavia alzó la cabeza y vió que un pino gigantesco se doblaba hacia el lugar donde ella se hallaba. Pero no hizo el menor movimiento. Estaba acostumbrada a librarse de las caídas de los pinos y sabía muy bien que aquél pasaría cerca de ella, pero sin tocarla.

Gondar sonrió al ver a Octavia. Fué una sonrisa extraña en la que se mezclaba la sensualidad y la satisfacción por el encuentro.

Se acercó a ella y la saludó:

—Buenos días, señorita. ¿Viene usted a despedirse de sus amigos?

—Sí. Este era uno de mis sitios favoritos para pasear.

—Es curioso. Los árboles parecen uniros a usted y a mí.

—¿Uniros?

—O separarnos. Pero, en fin, nos relacionan. La primera vez que hablamos usted y yo fué por ellos.

—¿La primera vez?

—Fué en la aldea. Yo había entrado en el huerto de su casa para coger manzanas y usted me descubrió. ¿Se acuerda del fantasma? Entonces no era yo más que un pobre campesino. Nos disfrazábamos con una sábana para asustar a la gente y robar fruta. Yo creía estar imponente. Pero usted cogió la tela que me envolvía y me preguntó por qué echaban remiendos tan toscos en el otro mundo.

—Me acuerdo perfectamente — dijo Octavia—. ¿Y era usted?

—Yo mismo. Y desde entonces la admiro. Tiene usted un alma templada. No contaría usted más que quince años. A mí me gustan los espíritus fuertes. Yo también soy así.

—¿Habrá usted tenido que luchar mucho?

—Luchar es bonito. Sobre todo cuando se consigue lo que se apetece.

—Entonces, ¿usted siempre consigue lo que apetece?

—Sí. Soy hombre de voluntad.

Y haciendo una pausa, continuó:

—En México me enteré de la muerte de su madre. Lo sentí mucho.

—Gracias.

—Gracias.

—Pensé en la situación en que usted quedaría después de esa pérdida... y en los extraños caprichos

de la fortuna, porque mientras su casa se hundía, una casa de tanto señorío, yo aquel mismo año contaba mi primer millón.

Octavia, fría e irónica, repuso:

—Así es la vida, en efecto.

Y en este momento apareció Jorge en el bosque.

V

Octavia, al verle, dejó a Gondar y echó a correr hacia su novio, llamándole.

Esto dió lugar a que en los labios de Gondar se dibujara una sonrisa de envidia y despecho.

Jorge también había ido al encuentro de Octavia. Y apenas se hubieron reunido, el marino declaró:

—Una sorpresa.

—Muy agradable. No te esperaba hoy.

—Un poquito agradable y un poquito desagradable.

—¿Qué ocurre?

—El "América" sale del puerto de Vigo para hacer su primer via-

je, y he recibido orden de marchar en él.

—¿Cuándo?

—En seguida.

—¿Por mucho tiempo?

—Tres meses aproximadamente.

—¿Tres meses, Jorge!

—Mucho tiempo para no vernos.

Pero voy a condensar en él tres años de labor. Después de este viaje mi situación en la compañía cambiará muy favorablemente. Ya me lo han hecho saber así.

Y cambiando su expresión por otra fingidamente triste, añadió:

—Únicamente...

—¿Qué?

—Temo que tus tíos encuentren demasiado breve mi viaje.

—¿Por qué?

—Porque dentro de unos minutos estaré ante ellos y les diré que a mi regreso tengo la terrible intención de arrebatárselos su sobrina y llevármela para siempre.

—¡Jorge!

—¿Qué piensa la sobrina de esta amenaza?

—¡Que soy muy feliz, Jorge!

—Y yo también. Todas las esperanzas de mi vida van a realizarse ya. El "America" hará su primer viaje llevando el más hermoso de

todos los cargamentos: la ilusión. La que yo tengo y la que vive en los emigrantes que van a bordo. Marcharán en él muchos emigrantes. Centenares.

—¡Infelices!

—Infelices, no. La emigración no es triste, Octavia. Es la gesta de nuestros días. Una epopeya que se renueva con la salida de cada buque.

Y en un tono de exaltado lirismo, Jorge elevó un canto a aquellos héroes, argonautas de nuestros días.

* * *

Ya pasaban los emigrantes camino del puerto.

El sol desparramaba su sinfonía de oro en Poniente.

Viejos y niños, hombres y mujeres, con la esperanza puesta en un mundo remoto, pasaban en larga comitiva.

Unos iban a pie y otros en carros. Unos llevaban al hombro su equipaje y otros lo habían entrega-

do a la custodia de los conductores de los carros.

Y llegaron por fin al puerto y embarcaron en el gran navío, que había de conducirlos hacia la suerte o hacia el fracaso.

El buque se hizo a la mar.

En él iba Jorge, y a Octavia le parecía que iba también su corazón.

* * *

Estaba sentada a la ribera del río, abstraída, pensando en el hombre que se había marchado para estar tres meses ausente, tres meses que a ella le parecerían tres siglos, cuando Gondar apareció a su lado.

Octavia se sobresaltó.

—¿La he asustado a usted? — preguntó Gondar.

—No —repuso Octavia en un tono que equivalía a decir que la había asustado y molestado.

Gondar se sentó al lado de la joven al mismo tiempo que respondía:

—Me alegro. Me habría contrariado muy de veras asustarla en este momento.

“¿Por qué en este momento?”, esperaba Gondar que Octavia le preguntase.

Pero como ella, indiferente, guardaba silencio, él añadió:

—Hace días que deseo hablar con usted. Podría decir años, pero

no quiero que me tome usted por un romántico.

—No sería fácil—repuso Octavia sutilmente.

—Lo comprendo. Odio los sentimientos y las palabras inútiles y basta hablar conmigo una vez para saber cómo soy. Pero ahora no es inútil decirle que mientras trabajaba en América, en medio del infierno de la labor ruda de los primeros tiempos, he pensado mucho en usted.

Hizo Octavia un movimiento de sorpresa y desagrado ante tanta audacia, pero Gondar, impertérrito, añadió:

—Nada de cuanto voy a decirle puede ofenderla. Déjeme hablar. Usted oye y resuelve.

—Procure al menos terminar pronto.

—Ese es mi deseo y no podría hacerlo de otro modo. Escúcheme, Octavia. Yo he conseguido hacer una fortuna importante. No he

abandonado aún los negocios, sino que los aumento. Lo de aquí no es nada: distracciones. Pero en Méjico mi firma puede avalar cantidades de mucha importancia.

—Eh, ¡buena!—repuso Octavia sin ocultar su desagrado—. Nada de eso me interesa lo más mínimo.

—Sí que le interesa.

Una mirada de extrañeza de Octavia y Gondar explicó:

—Sí que le interesa, porque todo eso puede ser suyo, si usted quiere.

Octavia se pudo rápidamente en pie y repuso con un gesto de desprecio:

—Es usted un hombre tan brutal, que no logra ofenderme.

Trató Gondar de detenerla, pero tropezó con la firmeza inquebrantable de Octavia.

VI

Al intentar cruzar el río por un tosco puente improvisado con troncos y piedras, Octavia, en su prisa por alejarse de aquel lugar, resbaló y cayó al agua.

Pero no fué esto lo peor, sino que perdió el conocimiento al tro-

pezar su cabeza con un madero flotante.

Gondar, que lo había visto todo, se apresuró a ir en su auxilio.

La sacó del río en brazos y la condujo a su pabellón, la rústica casa de troncos recién construida.

Por el camino advirtió algo que fué para él como el latigazo de una corriente eléctrica disparada a lo largo de su cuerpo.

Las finas ropas de Octavia, al humedecerse, se habían adherido a su cuerpo y marcaban sus formas tan exactamente como si fuera desnuda. Incluso había sombras y repliegues que se transparentaban. Y todo esto provocó un incendio de lujuria en el interior de Gondar.

Turbias ideas pasaron por su mente mientras entraba en el pabellón con su preciosa carga y la depositaba en una silla.

Octavia quedó recostada en un rincón y Gondar empezó a encender la chimenea, donde había amontonado unos leños.

Mientras Gondar se ocupaba en estas operaciones, Octavia volvió en sí.

Dirigió una mirada de extrañeza en torno suyo y en seguida, poco a poco, fué recordando.

Se volvió Gondar con el propósito de acercarla al fuego y, al ver que ya había abierto los ojos, le preguntó salícito y humilde:

—¿Está usted mejor?

—Sí, gracias — repuso Octavia pasándose una mano por la frente.

—No ha sido nada. Tranquilícese.

Octavia se levantó.

—Acérquese al fuego—la invitó Gondar.

—No, gracias. Me voy.

La joven se dirigía a la puerta. Pero Gondar le cortó el paso.

—¿Adónde va?

—A mi casa.

—¿Así? Imposible. ¿Qué pensarán si se presenta usted de ese modo?

Tuvo que convenir Octavia en que Gondar tenía razón.

Pero no se decidía a quedarse.

El, aprovechando estas vacilaciones, tendió una sábana entre dos troncos verticales que hacían las veces de columnas.

Detrás quedaba la chimenea.

—Aquí tiene usted una pequeña habitación que puede serle muy útil —dijo Gondar afablemente—. Quédese aquí mientras yo voy al pazo a contar lo ocurrido y decirle que le traigan ropa.

A Octavia le pareció inmejorable la idea.

—Sí, vaya usted en seguida.

Y mientras desaparecía detrás de la sábana, Gondar se dirigió a la puerta.

Colocó la llave en la parte de dentro y dijo en voz alta:

—La llave queda puesta. Puede usted cerrar si quiere.

—Está bien, gracias.

Inmediatamente se oyó el ruido de la puerta al cerrarse.

Pero Gondar, en vez de salir, se había ocultado detrás de una cortina.

A través de la sábana, gracias al resplandor de la chimenea, se veía la silueta de Octavia.

Esta asomó la cabeza, se dirigió a la puerta, dió vuelta a la llave y volvió a la improvisada habitación.

En seguida empezó a desnudarse, pues le molestaba el contacto frío de las ropas mojadas.

Entonces apareció la cabeza de Gondar por un lado de la cortina, cautelosamente.

Sus ojos se fijaron en la silueta que se proyectaba en la sábana y un estremecimiento de lascivia recorrió todo su cuerpo.

Octavia estaba completamente desnuda. Gondar avanzó paso a paso hacia la sábana. La apartó y su silueta apareció en seguida al lado de la de Octavia, en la que se advirtió un gesto de estupor y de pánico.

Se oyó un grito y pudo verse cómo Gondar se abalanzaba sobre Octavia y cómo sus brazos la rodeaban ávidamente, mientras ella se desvanecía.

VII

Don Pedro se paseaba nervioso. La tardanza de Octavia le inquietaba profundamente. ¿Dónde se habría metido? ¿Qué le habría pasado?

Llamó a un criado y apareció éste acompañado de doña Irene.

—Que se acerque uno de vosotros al camino a ver si llega la señorita.

Y dijo a su hermana, cuando el criado se marchó:

—Nunca ha tardado tanto.

—¿Le habrá ocurrido algo? — preguntó doña Irene.

—No creo — repuso don Pedro sin la menor convicción.

Y doña Irene aprovechó la oportunidad para lanzar a su hermano

la pulla que tantas veces había recibido don Pedro.

—Siempre se ha dejado en demasiada libertad a Octavia. Y bien sabe Dios que no ha sido por mi gusto. Nunca he aprobado esas idas y venidas de una muchacha, sin compañía de nadie.

—¡Vámos, Irene! No digas tonterías.

—¿Tonterías? Entonces, ¿por qué estás tan inquieto?...

En vez de contestar, don Pedro se fué a la ventana para asomarse.

De pronto se abrió la puerta y apareció Octavia, con el cabello revuelto, el vestido destrozado y desencajado el rostro.

Corrió hacia su tío, se arrojó en sus brazos y gritó:

—¡Gondar! ¡Ha sido Gondar!
¡Tienes que matar a ese hombre!
Don Pedro la miraba aterrado.
Doña Irene clavaba en su sobri-
na una mirada indefinible.

Octavia quiso decir algo, expli-
car lo ocurrido, pero no pudo.

Ocultó el rostro entre las manos
y salió de la habitación dejando
una estela de sollozos.

Al llegar a su cuarto, cayó de
bruces sobre el tocador y así, la ca-
beza oculta entre los brazos, lloró
largamente, largamente.

* * *

Octavia acababa de hacer a sus
tíos la revelación trascendental:
iba a ser madre.

Don Pedro iba de un lado a otro
de la habitación con paso nervio-
so.

Doña Irene la miraba con aque-
lla fría dureza que era su expresión
característica.

Declaró don Pedro:

—Lo que acabas de decir es te-
rrible. Dios quiere someterte a una
prueba demasiado dura.

—Hasta ahora—manifestó doña
Irene—, sólo nosotros conocíamos
esa repugnante desgracia, pero en
lo sucesivo... ¿Cómo ocultarla?
¡Qué escándalo, Señor, qué escán-
dalo!

—¿Es el escándalo o es mi dolor

lo que te importa?—inquirió Octa-
via amargamente.

—Las dos cosas, hija. Ve tú a
convencer a la gente de cómo ocu-
rrieron las cosas. Yo ya sé ¡figúra-
te! que la culpa no fué tuya. Pero
he de decirte que una mujer no de-
be hacer lo que tú hacías, andando
sola por ahí, como un hombre...
¿Qué dirán? ¿Qué pensarán? Por-
que no vas a publicar lo sucedido
en los periódicos.

—No hay duda—intervino el tío
—de que las cosas han cambiado.
Por mucho que lo ocultes llegará
un momento en que la gente notará
que vas a ser madre... Y entonces...

Octavia, rompiendo en sollozos,
exclamó:

—¿Qué queréis que haga? De-

cídmelo. Yo no puedo más. Mi vida es un martirio desde aquella tarde. Ahí están las cartas de Jorge. No las he abierto. Aunque la culpa no es mía me avergonzaría leerlas, porque me siento manchada por aquel monstruo, toda llena de su impureza. Cuando vi que el mal aun era más grave, que había dejado en mí huella de un hijo... pensé en matarme...

—Eso no — interrumpió doña Irene—. La religión lo prohíbe.

—He querido hablaros... Diciéndoselo me alivio en parte de mi obsesión. Sé, sin embargo, que poco podéis hacer. Pero... ¡Sois tan buenos!

—La triste verdad es ésa—dijo don Pedro—: poco se puede hacer... Sin embargo, yo me siento ahora fortalecido para hablarte de algo... a pesar de tu prohibición. Gondar... Ya te he dicho que aquella misma noche huyó. Después supe que había embarcado en Lisboa... Se ha vuelto a México. Bien, pues hace tres días que tengo una carta de él...

—No quiero oír hablar de ese miserable.

—Conforme. Es un... hombre que no se ha portado bien. Ha co-

metido una acción indigna. Lo triste está en que ningún esfuerzo humano podría borrarla. El me dice en su carta que si tú quieres, se casará contigo... Si le perdonas.

Se irguió Victoria.

—¡Perdonarle yo!

—Piénsalo, Octavia — recomendó doña Irene—. Mi hermano y yo hemos hablado de esa proposición. ¿Qué vas a hacer? ¡Si tuvieses opción, si pudieses elegir otro camino! Pero ese es el único que te queda. Ese o la deshonra para toda tu vida.

Octavia, levantándose rápidamente y con tono casi amenazador, repuso:

—¿Qué has dicho? ¿La deshonra? ¿Mi deshonra? ¿Hay en todos mis actos uno sólo que pueda merecer un reparo? ¿Es que tú crees que yo... que yo... soy ya eso: una mujer sin honra?... No. La honra es mía, está en mi conducta, en mi conciencia, y esa nadie me la puede quitar. Yo me siento mucho más desgraciada, pero tan honrada como tú.

—No te excites. Comprendo que tu estado de espíritu no es para mostrarte amable. Pero aunque lo que afirmas fuese verdad, el mun-

do no lo estimaría como tú. Hay un hecho. Eres una muchacha soltera que va a tener un hijo. La sociedad te rechazaría. Si Gondar te ofrece el matrimonio, acéptalo.

—¡Pero si hablas de él ya con más simpatía que de mí! ¿Qué vendan pueden poner en tus ojos los convencionalismos?

—La decencia, nada más que la decencia.

—Bien — intervino don Pedro conciliador —; no nos digamos frases duras. Octavia tiene razón; la culpa no es de ella. Pero tú, Irene, tienes razón también. Debe casarse con Gondar. No se puede pensar en otra cosa... Mi consejo es el mismo.

—¡Pues lo soporto todo, pero eso no!

—No sé lo que tú podrías soportar, pero sé perfectamente lo que

no soportaremos los demás — dijo agriamente doña Irene.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Octavia.

—Que en esta casa jamás hubo nadie que pudiese autorizar habladurías.

—¡Vamos, Irene!

—Eres cruel, tía... No tengas miedo, tu casa no será mancillada. Yo no quiero nada vuestro más que el cariño. Ni vuestra riqueza, ni vuestra compasión. Yo sé lo que he de hacer. De vosotros no pediré más que una cosa: que Jorge no sepa nunca nada, que me hagáis el supremo favor de hacerle creer que he muerto. Para que tenga siempre un recuerdo puro y sin dolor de lo que yo he sido.

Y antes de que don Pedro pudiese detenerla, salió de la habitación.

VIII

Entró don Pedro en la habitación de Octavia y vió que ésta estaba preparando el equipaje.

—¿Qué vas a hacer?—preguntó.

Cogió Octavia el envoltorio que había hecho con su ropa, se dirigió a la puerta y desde ella se volvió para contestar a don Pedro:

—Mi vida es mía. Yo sé lo que debo hacer.

Y se marchó.

Salió a la calle, cruzó el campo. Iba a tomar la diligencia que conducía al pueblecillo donde viviera con su madre, aquella vieja casa donde estaba segura de hallar unos brazos acogedores: los de Rosenda.

Se encontró con un grupo de Romeros, que cantaban alegremente.

Y aquel canto tuvo en su alma resonancias dolorosas.

Vió también una madre que daba de mamar a su hijo. Y esto aumentó su angustia, porque pensó que muy pronto ella tendría que amamantar también a un hijo propio y de... Gondar.

Llegó al fin a la diligencia y ésta estuvo rodando varias horas por los caminos donde la lluvia persistente había formado una densa capa de barro.

Por fin llegó a la casita que había de ser su refugio.

llamó.

Rosenda miró extrañada a la puerta. ¿Quién podría ser a aquella hora?

Y al abrir aumentó su asombro;

—¡Señorita! en vez de hablar, se arrojó sollozando en brazos de Rosenda.
Octavia quiso decir algo, pero,

—Sí, señorita — dijo la vieja criada después de escuchar atentamente lo que Octavia le había contado—. Es una historia triste. Ese hombre es un malvado. ¡Tantas mujeres han sufrido por esa causa!... No se torture. Cuando venga el hijo, irá usted olvidando poco a poco. Un hijo es siempre una bendición de Dios. Yo que usted ya no pensaría más que en él. La mayor pena de mi vida es no haber tenido un hijo.

—¡Calla, Rosenda!—repuso Octavia amargamente—. ¿Tú qué sabes? Yo lo he perdido todo... todo: el bienestar, el nombre, el amor. Soy una muerta. Todo se me ofre-

cía feliz. Había un hombre que me adoraba. Un hombre bueno, inteligente, que sólo soñaba en rodearme de ventura. Y nunca podré presentarme de nuevo ante él. Tenía riqueza y ahora vivo casi como tú, en la miseria. ¿Cómo quieres que pueda pensar con amor en el hijo de ese crimen que arruinó mi vida?

—A un hijo siempre se le quiere, señorita.

—No, Rosenda. En mi alma sólo queda odio. No podré quererle porque es hijo de quien es. Cuando lo vea, me recordará a ese canalla, a ese monstruo que es su padre. ¿Cómo voy a quererlo?

Sobre la labor que acababa de dejar Rosenda, vió Octavia una chamberita que hubiera podido servir para un muñeco.

Era la ropita que la vieja criada estaba cosiendo para el hijo de su señorita.

Octavia cogió la minúscula pren-

da. Por un momento la estuvo contemplando, absorta. De pronto, la estrujó y la arrojó al cesto con un movimiento de desesperación.

Y como huyendo de algo espantoso que le estrujaba y desgarraba el cerebro, salió corriendo a la calle y no se detuvo hasta llegar a la pequeña iglesia del pueblo.

Paso a paso, con una venda de dolor en los ojos, se dirigió al altar y se arrodilló ante el gran crucifijo.

Empezó a rezar, pero después otras palabras surgidas del fondo de su alma se impusieron a los rezos.

—¿Por qué todo esto, Señor?

¿Qué mal hice en mi vida que merezca tan dura expiación? Todo lo he perdido. Estoy aislada como si en mi alma hubiese algún mal espantoso que pudiera contagiarse. Soy la víctima y sufro como si fuese el criminal. ¿Por qué todo esto, Señor? Toma mi vida y la de este ser que no traerá al mundo sino oprobio. No quiero que mis ojos lleguen a verlo, porque nunca podré ser para él una madre.

Intentó incorporarse, pero le faltaron las fuerzas, una nube la cegó y cayó desmayada.

Un monaguillo que andaba cerca, poniendo velas en los candelabros, acudió en su auxilio.

IX

Luis saltó del lecho.

Se vistió rápidamente. Era un

muchacho de unos veinte años, simpático y jovial.



— Al señor ya lo conoces de ayer...



—... ¡No hay nada más hermoso que un árbol!



Apareció Octavia en el bosque.



—Muy agradable. No te esperaba hoy.



— ¡Tres meses, Jorge!



—... Todas las esperanzas de mi vida van a realizarse ya...



... se apresuró a ir en su auxilio.



— ¿Está usted mejor?

—Siempre se ha dejado en demasiada libertad a Octavia.



Arminda era una muchacha de unos diez y ocho años...



—¿Hay un poco de café para mí?



Le sirvió café la joven...



—... Es la primera vez que veo que un gato visita a un ratón para saber si le pide algo su cuerpo.



—Todo se arreglará, Arminda.



—... Ya no espero más.



—Dispara; no seas cobarde.

No se tuvo que poner muchas prendas, porque vestía el sencillo traje de marinero.

Estaba poniendo agua en el lavabo cuando entró Rosenda.

—Creí que no te habías levantado. Vas a llegar tarde.

—¡Hula, vieja gruñona!

—El que se pasa la noche de tuna, a la fuerza se ha de levantar tarde.

—De tuna no, Rosenda.

—¿Dirás que no has estado pelando la pava con Arminda?

—Si estuve hablando con Arminda no pesé la noche de tuna. Eso ya no es cosa de broma, Rosenda. Hemos hablado con el señor Juan.

Rosenda sonrió satisfecha.

—Si ya lo sé, tonto. El padre de Arminda quiere un sucesor y a fe que ha sabido buscarlo. Anda, date prisa.

—No te preocupes, que llegaré a tiempo—repuso Luis mientras se secaba—. Además, ¡para el trabajo que tenemos!... No sé qué maldición ha caído sobre nosotros y sobre nuestro mar. Desde hace muchos días vuelven vacías todas las lanchas. Es más fácil ver una ballena que una sardina.

Luis pasó al comedor.

Allí estaba Octavia, ya con el cabello gris, que no en balde habían pasado veinte años sin que el dolor dejara libre su alma.

—Buenos días, madre.

Y Luis besó a Octavia en la frente.

Ella no hizo el menor movimiento. Acababa de tomar el desayuno y permaneció silenciosa y abstraída junto a la mesa.

A Luis no le extrañó este silencio. Ya estaba acostumbrado a aquella frialdad de su madre.

Se dirigió al banco de la cocina para servirse el café, pero advirtió que la cafetera estaba vacía.

—¡He llegado tarde! — se dijo con aquella juvenil alegría que era su cualidad más preciosa.

Y se dirigió a la puerta.

—Adiós, madre — dijo agitando la boina.

Octavia no contestó. Luis salió a la calle. Cruzó el pueblo y entró en una casita situada muy cerca de la costa.

Juan, el patrón, y su hija Arminda estaban desayunándose en aquel momento.

—Mucho tarda Luis — dijo el padre—. Aunque ya es inútil salir al mar. Vamos a la ruina.

—Ya pasará la mala racha, padre.

—He perdido las esperanzas, hijita.

Arminda era una muchachita de unos diez y ocho años, de cuerpecillo fino y gracioso y carita de ángel.

Se comprendía que Luis estuviera enamorado de ella. ¿Quién podía contemplar aquella preciosidad sin adorarla?

Entró Luis y preguntó con su inveterada jovialidad:

—¿Hay un poco de café para mí?

Arminda le hizo sitio a su lado y Luis se sentó.

Le sirvió café la joven y él dió un pellizco al pan que todavía le quedaba a Arminda.

Los dos se miraron y sonrieron.

—Ahora te estaba nombrando, Luis—dijo el señor Juan.

—¿Me nombraba? ¡Con tal de que no hablara mal de mí!

—Decía que es inútil salir al

mar. ¿Para qué? Si no vais a pescar nada.

—Tenemos que salir, señor Juan—repuso Luis infundiéndose esperanzas a sí mismo—. Se han visto delfines por la boca de la ría. Quizá demos con un banco de sardinas. Me da el corazón que hoy vamos a tener buena pesca.

—Aunque así fuese, de poco había de servirnos. Son muchos días los que necesitamos para salir adelante.

—¿Qué le ocurre a usted hoy que está tan triste?

—Que Sobral me embarga, Luis. He recibido ya el aviso.

Luis y Arminda cruzaron una triste mirada.

La noticia había producido en los dos el mismo efecto desastroso.

Pero Luis reaccionó al punto.

—Todo se arreglará, señor Juan. Hoy daremos con el pescado, se lo aseguro.

Y salió para reunirse con los marineros y empezar a preparar la barca.

X

Sobral, el usurero, se había detenido ante la casa de Octavia apenas salió Luis.

Era un hombre de aspecto sumamente desagradable.

Viejo ya, lo parecía más aún a causa de sus desuso.

Una larba de cuatro días cubría su rostro. Sus ojillos relampagueaban en todo momento con un resplandor de concupiscencia. Llevaba un shrigo que no se podía precisar de qué color era.

Entró en la casa y saludó a Octavia con una amabilidad hipócrita:

—Hace tiempo que no echo un párrafo con usted, Octavia. ¿Y el hijo, bien?

—Bien, en su trabajo estará.

¿Qué cosas desagradables tiene usted que decirme?

—¡Por Dios, Octavia! ¿Usted también? Mucho hablar mal y llamarme usurero, pero cuando hay un apuro, todos a casa de Sobral. Y mi dinero ahí, para todos. Ahora que... como creen que lo robo, no me lo pagan. Esto no va por usted. Usted está por encima de esta gente. Le tengo aprecio... de veras, le tengo aprecio.

—Gracias — dijo Octavia, sin apenas escucharle.

—Ya ve usted lo que le he dado por la finca... No lo vale... Porque aquí no hay más que un puñado de tierra y cuatro vigas viejas...

—Sobral —le atajó Octavia—, usted no pierde el tiempo en decir

amabilidades. ¿Qué es lo que le tra-
jo a esta casa?

—¡Nada! ¡Nada! El gusto de
verla. Soy sincero... Mire usted: to-
do anda mal, nadie paga. Pero si
usted necesita dinero, no tiene más
que decírmelo. Se confía usted a
mí y ampliamos el préstamo.

—Gracias, Sobral. Es la primera
vez que veo que un gato visita a un
ratón para saber si le pide algo el
cuerpo.

Sobral se echó a reír ante el chis-
te y se levantó para marcharse.

—Es usted muy graciosa. ¡Vaya,
me voy! Tengo muy a mi pesar que
darle un susto al señor Juan.

—¿Va usted a embargarle?

—No. Voy a ver si recupero al-
go de lo que le di... ¿Me matarán a
disgustos, me matarán!... A propó-
sito. ¿Sabe usted quién se murió?
Sí, seguramente lo sabe...

Comprendió Octavia que ahora
iba a saber el motivo de la visita y
repuso con cierta inquietud:

—No sé nada.

—Pues un contemporáneo nues-
tro... Yo le conocí. Vivió aquí hasta
los veintitantos años... Un tal Gon-
dar... Hizo un fortunón en México...
Acaso usted se acuerda.

—No—dijo Octavia secamente.

—Deja una millonada y no tiene
parientes. ¡Quién fuese ahora algo
de él; hermano, o mujer... o hijo!
Ha dejado dispuesto que lo entie-
rran en su lugar natal. Ayer llegó
a Vigo el barco que trae su cuerpo
embalsamado. Lo traerán aquí.

Los horribles recuerdos habían
acudido en aluvión a la mente de
Octavia.

Había tenido que hacer un gran
esfuerzo para no demostrar al usu-
ero el efecto que sus palabras le
producían.

Se limitó a decir:

—Adiós, Sobral.

Este miró a Octavia por el rabi-
llo del ojo y pudo comprender que
sus palabras habían hecho mella.

—Pues sí, lo traerán aquí y...

Pero Octavia le atajó, definitiva:

—Le he dicho que adiós, señor
Sobral.

—Sí, me voy—repuso Sobral sin
sentirse ofendido por la aspereza
de Octavia—. Voy a ver al señor
Juan.

Y corrió en busca del escribano,
que ya le esperaba para solucionar
aquel asunto.



Ya estaba la barca lista para zarp

El señor Juan se había quedado a la puerta de su casa.

Arminda, en cambio, acompañó hasta la lancha a Luis.

—Mucha suerte—dijo la joven.

—La tendremos — repuso Luis con firmeza.

Y Arminda suspiró:

—Que Dios te oiga, Luis. Ayer estuvo Sobral hablando con papá. Cuando se marchó ese hombre sin corazón, mi padre tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Todo se arreglará, Arminda. Estoy seguro.

Cruzaron los enamorados una mirada que era como un grito de amor y Luis saltó ágilmente a la barca.

—¡Avante! — dijo Luis que, co-

mo sustituto de don Juan, hacía las veces de patrón.

Y zarpó la lancha.

Arminda volvió corriendo al lado de su padre. Y los dos juntos agitaron sus manos en un adiós al que respondía Luis desde la popa de la barca.

De pronto, vió éste cómo llegaba a la casa Sobral acompañado del escribano. Y advirtió un gesto de súplica en el señor Juan, al mismo tiempo que otro de angustia en Arminda.

Luis apretó los puños con rabia y se volvió de cara a la proa de la barca.

—¡Animo, muchachos!

Era éste un grito con el que trataba de infundirse a sí mismo el optimismo que ya le iba faltando.

XI

—¡Por Dios, señor Sobral! Nos deja usted en la calle—imploró el señor Juan.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? Usted que no paga.

—Y ¿pagaré.

—¿Cuándo?

—Cuando la situación mejore.

—Eso mismo me viene diciendo usted desde hace mucho tiempo. Lo siento en el alma, pero no puedo esperar más. Cada cual mira por sus intereses.

—Haga usted lo que quiera.

Y como quien se hace el ánimo de afrontarlo todo por duro que sea, el señor Juan se sentó en la ventana, cargó la pipa y empezó a fumar con un gesto de renunciación e indiferencia.

—¡Apunte, apunte!—dijo Sobral al escribano tocando un cuadro que

pendía en la pared—. Escriba usted: un cuadro...

—Sin marco.

—Y un reloj—dijo Sobral por el que estaba encima de la cómoda.

—Sin marca.

—Y una jarra de metal.

—Sin asas.

Y Sobral, enumerando los objetos y el escribano los defectos al mismo tiempo que apuntaba, recorrieron toda la casa.

Aunada los seguía y, puerilmente, les iba quitando de las manos los objetos que ellos examinaban, y volvía a dejarlos en su sitio.

Sobral lo husmeaba todo. Abrió una mesilla de noche y extrajo de la parte baja un recipiente redondo que se apresuró a restituir a su sitio.

Golpeaba con los nudillos los muebles como si ello hubiera bastado para probar su resistencia y examinaba los objetos más insignificantes.

El escribano lo iba apuntando todo.

Y Sobral repetía insaciablemente:

—¡Apunte, apunte!

* * *

En alta mar los pescadores sacaban la red.

Un gesto de desolación se reflejó en todos los semblantes al ver que la red estaba vacía. Una gran caracola y un puñado de algas fué

todo lo que aquellos hombres sacaron del mar.

Hubo una pausa angustiosa. Después cada marinero empuñó un remo y la barca viró en redondo.

* * *

Cuando Sobral y el escribano salieron de la casa, el señor Juan, perdido hasta el último resto de sus fuerzas, tuvo un gesto de desolación infinita.

Arminda trató de consolarle:

—No te apures, padre. No quiero verte así. Ya se arreglará todo. Cuando venga Luis nos traerá la noticia de que ha vuelto la riqueza a nuestras aguas.

Pero el señor Juan tuvo una amarga sonrisa.

—Aunque así fuera, pobre hija mía, llegaría tarde. La barca no es nuestra, sino de Sobral.

En este momento la barca del señor Juan llegó a la costa.

Arminda lanzó un grito de esperanza:

—¡Ahí está Luis!

Y echó a correr a su encuentro.

El joven ya había saltado a tierra. Al ver que Arminda iba hacia él, le hizo un signo negativo con la cabeza.

Y tregajo: "¡nadal".

—¿Ha ido mal?—preguntó.

—Todo lo mal que pueden ir estas cosas, Arminda.

—A nosotros también nos ha ido mal.

—Lo supongo, Arminda.

—¿Quién te lo ha dicho?

—He visto que Sobral llegaba a vuestra casa y me lo he figurado. Voy a ver a tu padre.

Y mientras Luis se dirigía a la casa, Arminda se fué hacia la barca para comprobar con sus propios ojos las malas noticias que le había dado su prometido.

—Nada hoy tampoco, señor Juan

—dijo Luis abatido, cuando entró en la casa.

—No importa—repuso el patrón hundido en una especie de indiferencia suicida—. Todo está perdido. ¿Te han contado?

—Sí. Ya sé que Sobral ha estado aquí. ¿Qué va usted a hacer ahora, señor Juan?

—¿Qué sé yo! He pensado mu-

cho. Si fuese solo yo, menos mal. No me preocuparía. Pero Arminda...

—¿Si yo pudiese hacer algo!—exclamó Luis desesperado ante su impotencia.

—¿Qué puedes hacer tú, muchacho?

Y añadió, estremando su afectuosidad:

—Tranquilízate. Nos defendemos. Conozco tu cariño por Arminda. Sé que eres un buen rapaz. Yo también te estimo. No irán las cosas tan mal como para desesperarse. Mi hermano Ramón insiste desde hace algunos años en que nos reunamos con él en la Argentina. Es el padrino de Arminda. Si esta tierra nos echa, nos iremos allá.

—¿Marcharse? —inquirió Luis aterrado.

—¿Qué remedio!

Y el muchacho no volvió a desplegar los labios. La solución le parecía más dolorosa aún que el problema.

XII

Por la tarde volvieron a salir a pescar con el mismo resultado.

Arminda, que esperaba a la barca, volvió a descubrir en el semblante de Luis las huellas del fracaso.

—¿Tú también te desanimas, Luis? ¿Es que ni siquiera nuestro amor puede darte fuerzas?

Se habían retirado de la barca. Luis se sentó con desaliento en una roca y Arminda lo hizo a su lado.

—La vida es dura—murmuró el joven—. Parece como si se burlase de nosotros. Cuando sacamos las redes esta tarde, no había en ellas ni un pez. Mira: lo único que ha puesto el mar en las mallas. Es honita. Por eso la he guardado.

Y le mostró otra caracola marina como la de aquella mañana.

Arminda sonrió felizmente al pensar que Luis había guardado aquel obsequio para ella.

Pero Luis declaró:

—Se la voy a regalar a mi madre. Es todo lo que puedo darle a la pobre.

Arminda no supo disimular un leve gesto de disgusto.

—No te lo reprocho, pero la quieres más que a mí.

—No la he visto reír en toda su vida—repuso Luis tristemente.

Hubo una larga pausa. Arminda preguntó:

—Dime, Luis. ¿Me quieres?

—¿Lo has dudado alguna vez? Hoy te quiero más que nunca.

—¿Hoy? ¿Por qué?

—Porque temo que tu padre lleve a cabo su propósito. Me habla

de emigrar a la Argentina. ¿Verdad que no te separarán de mi lado?

Arminda, para quien aquellas revelaciones eran nuevas y profundamente dolorosas, quedó un momento como sobrecogida.

Después movió tristemente la cabeza. Era una negación débil, triste, como si no estuviera segura de

poder cumplir su palabra, a pesar de desearlo fervientemente.

—¿De veras que no, Arminda?

—De veras.

Y Luis, con lágrimas de emoción en los ojos, cogió con ambas manos la cabeza de Arminda y depositó un dulce beso en aquella blanca y suavísima frente.

Octavia y Rosenda estaban cenando. Aquella parecía sumida en honda preocupación.

Preguntó como si hablara consigo misma:

—¿Te han dicho que sería por la mañana?

—A las diez llegará el coche que trae el cadáver. Dicen que costó mucho más que si el vapor lo hubiese traído vivo. Pero el señor Gondar dejó mucho dinero.

—Pero el coche no puede llegar al cementerio.

—Se detendrá en la carretera. Allí espera el señor cura. Y toda la aldea. Nunca hubo aquí otro entierro tan sonado.

En este momento entró Luis en el comedor.

—Buenas noches, madre.

Octavia, ensimismada en sus pensamientos, no contestó.

En cambio, Rosenda protestó en broma:

—¡Y a Rosenda que se la lleve el diablo! ¿Qué te pasa hoy? Vienes triste. ¿No hubo pesca?

—Sobral ha embargado al señor Juan—dijo Luis desplomándose en una silla.

—¡Vaya por Dios! ¿Qué harán ahora los pobres?

—Acaso irse a América.

—¿Arminda también?

—¡También!

Rosenda advirtió la profunda angustia que había en estas palabras.

—Voy a darte la cena.

—No quiero cenar.

Octavia, que había permanecido ajena a todo cuanto su hijo y Rosenda habían hablado, preguntó:

—Entonces, a las diez. ¿Estás segura?

—Eso me dijo el sacristán.

—¡Oh! — exclamó Octavia con desesperación. — ¡Ese hombre aquí!

—Paz a los muertos, señorita.

—¡Hasta muerto ha de perseguirme!

—¿Pero de quién hablas, madre?

—preguntó Luis.

—Del hombre que me deshonró, ¡de tu padre!

El joven se irguió en una sacudida.

La espantosa revelación produjo en su alma el efecto de un estallido.

No supo qué decir. Era como si hubiera perdido el don de la palabra y la facultad de acción.

Pero finalmente, más que rencor, sintió piedad hacia aquella mártir que llevaba en el rostro las huellas de muchos años de sufrimiento.

Ahora comprendía por qué su madre lo trataba con tanta frialdad. Lo comprendió todo y lo perdonaba todo.

Por algo aquella mujer era su madre.

Y su amor filial salió renovado y aminorado de la durísima prueba.

Varios hombres transportaban en hombros el pesado féretro de plata y caoba.

La larga comitiva, formada por la aldea en pleno y precedida por el acompañamiento eclesiástico, llegó a una especie de desfiladero de bajas paredes.

De pronto, en lo alto de una de

ellas apareció una forma humana que lanzó este grito con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Deteneos!

El cortejo se detuvo. Todos se volvieron y vieron a Octavia.

Se produjo un movimiento de expectación en el que tomó parte muy

principal el usurero, que iba a la cabeza de la comitiva.

—¡Esperad!—gritó Octavia.

Y tendiendo su crispada mano hacia el féretro de plata y caoba, añadió:

—Para que no estalle mi corazón necesito hablar... ¡Gondar, en muerte como en vida, te maldigo! Has destruido mi juventud. Me has

convertido en la más infortunada de las mujeres. Por ti conozco el sabor amargo del odio que no deja en mi alma lugar para ningún otro sentimiento. Los gusanos tendrán asco de tu carne. ¡Te maldigo como ya lo habrá hecho Dios! ¡Y aunque Dios te hubiera perdonado, te maldigo!

Dicho esto, volvió al cortejo la espalda y se alejó tambaleándose.

XIII

Aquella misma mañana, Octavia recibió la visita de Sobral.

El usurero se mostraba tan indignado como sorprendido.

En el tono de quien puede pedir cuentas, le preguntó:

—Pero ¿qué arrebató ha sido ese?

—¡Déjeme usted en paz!—repu-

so Octavia con un gesto de altivo desdén.

—Estoy... ¡Vamos! Es que no lo entiendo...

—¿Quiere usted marcharse? ¿Qué tiene usted que ver en todo esto?

—¿Qué tengo que ver? ¡Casi nada! ¿Es que no la ha dejado heredera Gondar en su testamento?

—¡Cállese usted!

—Y si no a usted, a su hijo... que también lo es de él... Yo había creído...

—¡Salga usted!

—Pero, ¿quiere usted aclarar este asunto, sí o no?

—No creo que él se haya acordado de mí en su testamento. Me conocía bien. Pero le juro que antes moriría de hambre que tocar un solo céntimo de ese canalla.

—¡Ah, muy bien, muy bonito! La señora no acepta ni un solo céntimo del padre de su hijo, pero toma las pesetas del pobre Sobral y no piensa pagárselas... ¡Vaya una moral! Vamos, no sea usted chiquilla. ¿Quiere un consejo? ¿Por qué no entabla Luis un pleito para pedir la declaración de hijo natural? Yo ayudaría. Estudiáramos las condiciones y para los gastos de la curia no habría de faltar...

—¡Márchese, Sobral!

—¿Que son muchos millones: piénselo!

—¡Márchese! Para usted no hay en el mundo más que monedas.

—¡Basta! —repuso Sobral, definitivo—. Ya me voy. Pero sé lo que necesitaba saber... Sin dinero del indiano, usted no puede reembol-

sarme. Muy bien. Mañana mismo pondré sus pagarés en manos del procurador. La ejecutaré. ¡Vaya un negocio! ¡Fíese usted de las personas que parecen decentes!

—Haga usted lo que quiera.

—¡Pues ya lo creo que lo haré! ¡No faltaba más!—exclamó Sobral abandonando la habitación, con el gesto del hombre que está dispuesto a todo.

En la puerta casi se tropezó con Luis que entraba en aquel momento.

Los dos, el viejo y el joven, cruzaron una mirada que fué como un diálogo mudo.

—¿Qué venía a hacer aquí ese pajarraco? —preguntó Luis a su madre.

—A buscar su dinero.

—¿Nosotros también?—exclamó el joven, sorprendido.

—Sí, nosotros también. ¿De qué crees tú que hemos podido vivir en las épocas malas?

—Yo nunca sé nada, mamá; nunca me dices nada—repuso Luis con un gesto de humilde tristeza.

—Tiene varios pagarés míos. Ha amenazado con ejecutar. Lo hará. La casa y el huerto serán de él.

—¿Todo?

—Todo. Pero es igual. Tú eres joven y fuerte. No es fácil que te atropelle la vida. En cuanto a mí... nada hay que me importe en el mundo; ni el bastón de las mendigas.

—¡No, mamá! ¡Yo sé trabajar para los dos!

—¿En dónde? ¿En qué? En la aldea no hay más que miseria. Han sido muchos años difíciles en la tierra y en el mar. Todo el mundo está en poder de la usura. Vete, así te salvarás.

—¿Adónde?

—Adonde van otros.

—¿Y tú?

—Yo siempre he estado sola. Seguiré sola.

Salió Octavia. Luis permaneció inmóvil, aplastado, abrumado.

De pronto pensó en Arminda y experimentó una fuerte reacción que dió vida a todo su cuerpo.

¡Arminda! Allí estaba la luz de sus tinieblas íntimas, el consuelo de su infortunio. Allí estaba su vida entera.

Y salió corriendo de aquella casa para dirigirse a la del señor Juan.

XIV

Cuando llegó, un cuadro que para él fué horrible se ofreció a sus ojos.

En aquel preciso momento, va-

rios marineros del señor Juan estaban sacando de la casa el equipaje: baúles, fardos, maletas, que iban depositando en una barca, la bar-

ca que los llevaría hasta el buque que había de conducirlos mucho más lejos: a América.

Luis estaba perplejo, confundido por la sorpresa y el dolor.

Aunque el señor Juan se lo había dicho, era aquello tan enorme, tan espantoso, que una esperanza de que no se realizase se había aferrado a su alma obstinadamente.

Pero ahora esta esperanza, este movimiento instintivo de su corazón enamorado se había desvanecido súbitamente.

Y en su alma había ocurrido algo muy grave: una especie de derribamiento total, una catástrofe de intensidad indescriptible.

Salieron el señor Juan y Arminda vestidos con sus mejores ropas. Los dos iban profundamente tristes, especialmente Arminda.

—Pero ¿se marchan de veras?—preguntó Luis al señor Juan.

Y éste contestó, apoyando una mano en el hombro del joven, con gesto afectuoso:

—Sí, Luis... Adiós o hasta pronto... Tú acabarás también por emigrar.

—Si fuese ahora—murmuró Arminda—, ¡qué alegre sería entonces el viaje!

Y Luis se lamentó:

—Pronto estaremos como usted, señor Juan. Si yo fuese solo... Pero tengo a mi madre y no puedo abandonarla.

El señor Juan echó a andar hacia el embarcadero. Luis tomó los bultos que llevaba Arminda, y los dos siguieron al señor Juan.

Juan se despidió de sus fieles marineros y saltó a la lancha. Arminda y Luis quedaron solos un momento.

—Dime "hasta pronto", Luis—suplicó Arminda—. No quiero que nos despidamos así.

—Quizá sea hasta nunca, Arminda—respondió Luis tristemente.

—¡Arminda, Arminda! —llamó el señor Juan.

Saltó la muchacha a la barca y ésta empezó a separarse del embarcadero.

Un grito se escapó entonces del alma de Arminda:

—¡Luis, Luis!

Y Luis, que permanecía absorto y abatido, experimentó una fuerte reacción al oír aquel grito de ternura y saltó también a la barca.

Y entonces se oyó otra voz, gemiente y dolorida:

—¡Luis, Luisiño!

Era Rosenda, que había presenciado la escena y se daba cuenta de que había perdido para siempre a aquel ser querido.

Estaba planchando Octavia una camisa de Luis, cuando llegó Rosenda, jadeante.

—¡Luis se ha marchado! —dijo compungida y fatigada por la carrera.

—¿Adónde?—preguntó Octavia sin interrumpir su tarea.

—Se ha ido en la barca que lleva al harco al señor Juan y a Arminda. Se nos va a América.

Octavia sonrió tristemente y repuso:

—Hace bien.

—¿Que hace bien? — exclamó Rosenda en son de reproche—. Usted no lo quiere.

Y añadió en franco reproche:

—No l. ha querido nunca. Se va

porque usted lo ha empujado a que se marchara.

—Ha hecho bien, ha hecho bien —repitió Octavia como si hablara consigo misma.

¡ Rosenda se marchó llorando.

Suspendió Octavia su tarea. Estaba pensativa, sumida en un abismo de preocupaciones. Estrujó aquella camisa en sus manos, pero lentamente, sin violencia y sin odio, más bien con un gesto de amargura y, después de dejarla de nuevo sobre la tabla de planchar, fué a sentarse al lado de la ventana.

Y allí quedó inmóvil, abismada en aquellas preocupaciones que ponían un velo sombrío en su semblante.

Al día siguiente, cuando Rosenda se levantó y entró en aquel comedor que era al mismo tiempo sala y cocina, se quedó perpleja al ver a Octavia sentada junto a la ventana.

Se hallaba en la misma postura en que la noche anterior se había quedado.

Era como si se hubiera hundido en aquel mundo de preocupaciones para no volver a salir de él.

—¡Jesús!—exclamó Rosenda—. ¿Está usted aquí? ¿Es que ha pasado la noche en esa silla?

Octavia hizo un gesto afirmativo.

—Pues lo que es yo—repuso Rosenda—, no he podido pegar un ojo en toda la noche. Esperaba de un momento a otro a Luis. No hacía más que pensar en él. No podía creer que se hubiese marchado así, tan de repente. Pero también he pensado que acaso se haya marchado así para evitar el dolor de una despedida...

—Ha sucedido lo que tenía que suceder.

—El barco debió de salir anoche del puerto de Arosa. A estas horas debe de estar pasando a la vista del puerto.

Octavia no contestó. Se levantó al punto y se dirigió a la costa. Allí, junto a una roca, esperó el paso del buque.

Apareció éste por fin.

Pasaba tan cerca que podía verse el pasaje agitando pañuelos en cubierta.

Octavia levantó la mano como para decir adiós, pero se la llevó al pecho.

El corazón le latía violentamente. ¿Sentía una pasión nueva o era que un amor dormido mucho tiempo despertaba de pronto?

Y allá en el fondo de su pensamiento se formuló esta queja:

—¡Adiós, hijo de mi alma!

Al otro lado de la roca, de modo que Octavia no podía verle ni él podía ver a Octavia, un joven agitaba su pañuelo en señal de despedida.

Era Luis, Luis que al llegar al buque había pensado en su madre y emprendió en seguida el regreso.

Cuando el buque hubo pasado, Octavia se marchó.

Luis no tuvo fuerzas ni para eso. Se quedó allí, sentado en una roca, con el rostro oculto entre las manos.

XV

Estaba Maruja ordeñando la vaca en el establo, pues así se lo había ordenado su padre que se acababa de marchar, cuando llegó Sobral a la puerta, que era una especie de enrejado construido con listones.

Sobral iba a darle un "susto" al padre de Maruja, uno de aquellos sustos que con tanta frecuencia daba a sus acreedores.

Se detuvo junto a la puerta. Desde allí veía perfectamente el establo y veía a Maruja inclinada hacia adelante para poder ordeñar a la vaca y mostrando las magníficas piernas.

Maruja era una muchacha muy joven, casi una niña, pero tan hermosa y desarrollada que todos los mozos del pueblo estaban pirrados por ella.

Un temblor de lascivia agitó los labios de Sobral, que empujó la puerta y entró. No se detuvo hasta llegar al establo.

—¡Hola, rapaza! ¿No está tu padre?

Se volvió Maruja al reconocer la voz del temido usurero. No era la primera vez que iba a la casa para exigir a su padre el pago de unas cantidades que no poseía.

Con tanta amabilidad como inquietud, Maruja repuso:

—No está, no, señor.

—Pues debía estar, ¿sabea?, porque quedé en esperarme aquí a esta hora. ¿Dejó el dinero de los intereses?

—No dejó nada.

—¿No te dejó seis pesetas por si venía yo?

—No, señor.

—Se las estará bebiendo en la taberna.

Y después de mirar a Maruja fijamente, le preguntó:

—¿Estás sola?

—Sí, señor.

—Bueno, paca... pensándolo bien, voy a esperar a que venga. ¿Me quieres dar un poco de agua?

—Agua, no hay... Pero ¿quiere un vaso de leche?

—Mejor será, dame un vasito.

Se lo ordenó Maruja. Sobral se lo bebió sin dejar de mirarla de reojo.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Maruja.

—Muy bien... Yo te he visto en la playa. ¿Vas a mariscar?

—Ayudo a mi padre.

—Eso es lo que se llama ser una buena chica.

Rodeó con su brazo los hombros

de la joven y le acarició la barbilla.

Ella, inocente, se hacía cruces de ver al usurero tan amable.

Sobral, temblando de lujuria, estrechaba por momentos el abrazo.

—Oye — balbuceó—. Te voy a dar diez céntimos, pero no se lo digas a nadie.

Puso en su mano la moneda y añadió:

—¿Sabes que estás muy linda? Ven, ven...

La condujo hacia la escalerilla que comunicaba con las habitaciones de la casa.

Ella, extrañada, pero sin acertar a comprender, en su candidez, las intenciones del usurero, se dejaba llevar.

—Ven, ven—repetía el usurero con voz anhelante.

Y desaparecieron en lo alto de la escalerilla.

* * *

Estaba Rosenda cortando leña cuando la puerta se abrió y entró Luis.

El semblante del joven aparecía velado por la amargura.

Rosenda se volvió al oír el ruido de la puerta. Al ver a Luis lanzó un grito de júbilo.

—¡Oh, Luis! ¡Alabado sea Dios! ¡Qué disgusto me dió! Me creí

que te marchabas con el señor Juan.

—Fui a despedirlos... ¿Y mi madre?

—Salíó.

—¿Adónde?

—No sé. La pobre está llena de preocupaciones. No dice nada. Ya sabes cómo es. Pero la amenaza de Sobral es para quitarle la tranquilidad a cualquiera.

—He pensado mucho en eso.

—¿Qué va a ser ahora de nosotros? ¿Qué va a ser de tu madre? Tú eres un hombre de veinte años. Yo misma es posible que logre algún jornal en alguna parte. Pero ¿y tu madre, que hará? Se me parte el corazón de pensarlo. Quedará sin techo y sin pan.

—¡Calla! ¡Yo sabré evitarlo!—
repuso Luis con energía.

—¿Tú? ¿Y cómo? No nos haga-

mos ilusiones. Con la marcha del señor Juan, ya no ganarás un céntimo...

—Te digo que yo lo evitaré. No sé cómo. Que me den tiempo.

—Sobral no espera.

—¿Por qué no? Yo lo veré... Le rogaré—y se dispuso a marcharse.

—Quizá este ahora en su casa.

—¿Vas a verlo?

—Sí.

—No quiero desilusionarte, pero no esperes nada de él.

—Si fallara ese medio, buscaríamos otro. Lo que yo te digo, Rosenda, es que mi madre no pasará hambre teniendo un hijo de veinte años.

Y había tanta firmeza en estas palabras de Luis, que era imposible no creerle.

XVI

Iba Octavia de regreso, por el estrecho camino que conducía a su casa, cuando la puerta de madera

se abrió violentamente y apareció Maruja lanzando gritos de terror.

Llevaba las ropas en desorden y

desgarrada la blusa en la parte del pecho.

Al ver a Octavia se abalanzó sobre ella y Octavia la acogió maternalmente en sus brazos.

—¿Qué te pasa, mujer?

Pero ella no podía contestar. Todo su cuerpo se sacudía al impulso de sus sollozos.

En este momento apareció Sobral en la puerta. La abrió cautelosamente y miró en torno suyo.

Al ver a Octavia se turbó profundamente y echó a andar a toda prisa hacia su casa.

Octavia lo comprendió todo al ver que también las ropas de Sobral estaban en desorden.

Y la escena de horror de que fué víctima en el pabellón de Gondar volvió a su mente.

—¿Dónde está tu padre? — preguntó.

—En la taberna — repuso Maruja.

—Vamos allí.

Por el camino fué explicando la joven cómo el monstruo había tratado de violentarla y cómo ella pudo escapar milagrosamente de sus manos para caer en los brazos protectores de Octavia.

Por fortuna, el crimen no había llegado a consumarse.

En la taberna había muchos pescadores.

Maruja, al ver a su padre, corrió a refugiarse en sus brazos.

Todos los ojos se fijaron en la afligida muchacha y en Octavia, que permanecía en pie en medio de la taberna.

—Aquí tienes a tu hija — declaró—. Guárdala de Sobral. Si no acierto a pasar yo por tu casa, sabe Dios lo que habría ocurrido.

—¡El muy canalla! — gritó el padre de Maruja, blandiendo el puño.

Y añadió con desaliento:

—Pero ¿qué voy a hacer, si me tiene en sus manos?

—¿En sus manos? — repuso Octavia en un grito vibrante.

Y dirigiéndose a todos los que estaban en la taberna, añadió en el mismo tono:

—¡Cobardes! ¿Para qué sois hombres? Se os llevan vuestras tierras, vuestras barcas, hasta vuestras hijas y permanecéis cruzados de brazos. ¡Lo merecáis todo!

Las palabras de Octavia produjeron sensación.

Se oyeron rumores contradicto-

rios y un mocetón alto y fuerte se puso en pie para decir:

—A mí no me incluya usted. ¡Si la muchacha fuese mía!...

—Dice bien Octavia — declaró uno de los más viejos—. Vergüenza debía darnos.

Violentado por cuanto estaba oyendo, el padre de Maruja se levantó y descargó en la mesa un fuerte puñetazo.

—Sí, somos unos cobardes, pero esto se va a acabar. Ese canalla se las verá conmigo ahora mismo.

Ya se disponía a salir el padre de Maruja. Y como los demás permanecían sentados, Octavia les gritó:

—¿Qué hacéis vosotros? ¡Id con él! Ese usurero es peor que un sapo. Todos los hombres como él merecen la muerte.

—¡Sí, vamos todos a casa de Sobral! — exclamó el marinero alto y robusto.

—¡Sí, a casa de Sobral! — gritaron veinte voces, confundándose.

Y se lanzaron todos a la calle.

Delante iba Maruja con su padre.

A escasa distancia les seguía Octavia.

Conforme el grupo iba pasando

por las calles, en los balcones, puertas y ventanas asomaban caras curiosas que preguntaban:

—¿Qué es?

Y uno de los del grupo contestaba:

—¡Muera Sobral!

Esto bastaba para que los curiosos comprendieran el motivo de aquella marcha.

Y, generalmente, dejaban la puerta, la ventana o el balcón para salir a la calle y sumarse al grupo.

Al pasar por la plaza del pueblo, todos los que estaban allí reunidos como de costumbre, engrosaron también el grupo.

—¡A casa de Sobral!

—¡Muera el usurero!

—¡Abajo el monstruo!

Y entre estos gritos y otros semejantes, el grupo avanzaba hacia la casa de Sobral.

Todos llevaban algo en la mano, armas rústicas como palos, hierros, correas. Y uno de ellos llevaba una escopeta por si era preciso cazarle de lejos.

Este se había colocado a la vanguardia y era uno de los más decididos.

—¡Ese mal hombre ha termina-

do de explotarnos! — gritó uno, blandiendo un hacha.

Ya habían salido al campo.

Gritó otra voz:

—¡Esos almiáres son de Sobral!

Varios de los que integraban el grupo se desviaron hacia los almiáres y les prendieron fuego.

Y las exclamaciones no cesaban.

—¡Abajo Sobral!

—¡Muera el monstruo!

Octavia se mantenía a la vanguardia.

Le parecía que iba a vengar el crimen de que ella había sido víctima al mismo tiempo que el que puso en peligro la honra de Maruja.

En aquel momento, para su espíritu agitado por el odio, Sobral y Gondar eran una misma persona.

XVII

Sobral estaba sentado ante su mesa de escritorio, haciendo cuentas, cuando llegó Luis.

El usurero hizo un gesto de contrariedad al verle.

—¿Qué se te ofrece, muchacho?

—Necesito hablar con usted.

Sobral lo dejó pasar y Luis le explicó la situación angustiosa en que iba a dejarles si les embargaba.

—La cuestión es bien sencilla, muchacho — repuso Sobral, inexo-

rabable—. ¿Podéis pagarme en el término de veinticuatro horas?

—¿De dónde?

—Entonces no hay más que hablar.

—Pero yo trabajaré — imploró Luis—. Yo haré... lo que usted quiera. Seré su criado... ¡Espere usted!... Concédanos algún tiempo. Le juro que saldaré esa deuda.

Sobral tuvo una sonrisita irónica.

—Saldaré... saldaré... Todos di-

een lo mismo. No. Ya no espero más. Los pagarés de tu madre estarán mañana en manos de mi procurador.

—¡Por Dios, señor Sobral! ¿Es que no tiene usted corazón?

—No se trata de corazón — repuso el usurero, despectivamente. — Se trata de dinero.

En este momento se oyeron los primeros ruidos de los que se acercaban capitaneados por el padre de Maruja.

Y como los gritos fueron en aumento, Sobral, que se había levantado con un gesto de enfado ante las demandas de Luis, acercó su rostro a los cristales de la ventana para mirar a través de ellos.

Lo mismo hizo Luis.

—¡Vienen contra usted! — dijo éste.

Sobral se apresuró a retirarse de la ventana y preguntó con viva inquietud:

—¿Contra mí?

—Sí. Mire sus almiarés.

Sobral volvió a acercar el rostro a los cristales y vió que sus almiarés ardían.

Esta demostración de que iban contra él convirtió en pánico la inquietud de Sobral.

—Pero ¿qué les hice yo, Dios mío?

Los gritos arreciaban.

En seguida se oyeron en la puerta unos golpes atronadores. Era que varios hombres habían cogido un grueso tablón y con él trataban de derribar la puerta.

El padre de Maruja arrebató el hacha al que la blandía y la emprendió a hachazos con la puerta.

—¡Muera el canalla!

—¡Muera!

En el colmo del terror, Sobral empezó a guardarse papeles en el bolsillo.

—Escápese — recomendó Luis.

—Si le cogen, le matarán.

Y Sobral imploró:

—Háblales tú. Ofreceles algo.

En este momento una gruesa piedra rompió el cristal y vino a caer sobre la mesa en la que Sobral estaba revolviendo documentos.

Dió un salto atrás y, gimiendo como un niño, suplicó:

—¡Sálvame, Luis! ¡Defiéndeme!

Soy un anciano. Díles que tengan compasión.

—¡Y pide usted que ellos tengan compasión!

—¡Sálvame! ¡Sálvame!

Luis vió sobre una silla el abrigo y el sombrero de Sobral.

Tuvo una inspiración instantánea.

—Yo lo salvaré.

—¡Gracias, Luis!

—Pero a cambio de que me dé usted los pagarés de mi madre.

Esto le hizo olvidar al usurero incluso el peligro de muerte en que se hallaba.

—¡Ahora lo comprendo todo! — exclamó—. Has venido a despojarme. Estás de acuerdo con ellos.

Pero nuevas pedradas lanzadas certeramente contra los cristales, hicieron que el miedo se impusiera a la avaricia.

—¡Sálvame, Luis! — imploró una vez más.

—Los pagarés — repuso Luis, secamente.

Con mano trémula y como si se arrancara el corazón, Sobral sacó los pagarés del bolsillo y se los entregó a Luis.

Este se los guardó, después de examinarlos rápidamente.

En seguida se puso el abrigo de Sobral y después el sombrero.

Llovían las piedras y los gritos aumentaban.

—¡Prended fuego a la casa! — dijo una vez de mujer.

Y otra discrepó:

—¡No! Es mejor cogerle vivo.

Pero varios hombres ya habían empezado a echar montones de paja junto a la fachada y les iban prendiendo fuego.

Todo esto se desarrolló tan rápidamente, que los que golpeaban la puerta no habían tenido tiempo aún de echarla abajo.

El de la escopeta estaba alerta.

—Lo que es como se le ocurra huir...

Y el padre de Maruja iba destrozando la puerta con el hacha.

—¡Fuego! — gritó Sobral—. ¡Van a achicharrarnos!

—No. Huya usted.

—¿Huir? ¿Por dónde?

—Por el camino de atrás. Yo saltaré por la ventana lateral. Como llevo sus ropas, me tomarán por usted. Me perseguirán y eso le dará tiempo a huir.

A Sobral le pareció excelente la idea. Pero no por eso dejó de pensar que le había salido demasiado cara.

Le faltó el tiempo para poner en práctica los planes de Luis. Saltó por la ventana de atrás y huyó a campo traviesa.

XVIII

Luis bajó la escalera decidido.

Al llegar a la planta baja vió el hacha del padre de Maruja que arrancaba astillas a la puerta.

Y oyó aquellos gritos de la multitud sedienta de venganza y de justicia.

—¡Muera Sobral!

—¡Abajo el villano!

—¡Arrastradle!

Y, naturalmente, pensó que si todo aquello iba contra Sobral y le tomaban a él por el usurero, podía salirle cara la aventura.

Pero llevaba en el bolsillo los pagarés de su madre, la había salvado de una espantosa ruina y esto bastaba para que se sintiera incluso feliz en aquellos momentos de peligro mortal.

Decidido, avanzó hacia la ventana. La abrió y saltó al exterior por ella.

Los incendiarios seguían acumulando paja junto a la fachada.

Los gritos atronaban el espacio.

Luis pudo advertir la sed de venganza que nublaba todos los rostros.

Octavia, absorta, seguía los temibles trabajos de aquella multitud.

De pronto su vista descubrió una forma humana que huía y reconoció el abrigo de Sobral.

Lanzó un grito:

—¡Sobral se escapa!

Todos se volvieron a ella.

—¿Dónde está?

—Allí.

Y el índice de Octavia señalaba

a la persona que huía, muy lejos de sospechar que era su propio hijo.

—¡Cogedle!

—¡No lo dejemos escapar!

—¡A la caza!

Y todos echaron a correr en persecución del falso Sobral.

Pero Luis era ligero como un gamo y había conseguido llegar al pueblo.

De vez en cuando se volvía para medir la distancia que le separaba del grupo y reanudaba con renovados ánimos la carrera.

No había peligro de que le alcanzaran. Así, sin exponerse, daría tiempo suficiente a Sobral para huir.

Octavia empezaba a cansarse de aquella inútil carrera. Comprendía que el fugitivo se les iba a escapar. Y como el odio la cegaba, al ver que el hombre que iba a su lado era el de la escopeta, le increpó:

—¡Dispara; no seas cobarde!

El hombre se arrojó en el suelo, apuntó y disparó.

Todos se detuvieron al ver que el fugitivo se tambaleaba. Dió aún algunos pasos, pero cayó al fin al pie de una cruz que se levantaba en medio del pueblo.

Los perseguidores se miraron sobrecogidos y avanzaron lentamente hacia Luis.

Octavia, en cambio, ya había llegado junto a él.

Se detuvo al ver su rostro de cerca. Se quedó inmóvil, como si no pudiera dar crédito a lo que sus ojos descubrían.

Se pasó una mano por los ojos y volvió a mirar el rostro del caído.

Luis sonreía.

Y entonces Octavia sintió algo que no había sentido nunca. Un arrepentimiento profundo, un amor infinito.

Cayó de rodillas al lado de Luis, lo rodeó con sus brazos y pronunció por primera vez en su vida esta hermosa palabra:

—¡Hijo!

* * *

Fue transportado a casa rápidamente y llamado el médico con urgencia.

Este hizo a Luis una primera cura, ayudado por Rosenda y por Octavia.

La herida no revestía gravedad y el médico se mostró optimista.

—Dentro de cuatro días estará como si tal cosa. Este muchacho es de hierro.

—¡Dios le oiga, doctor! — exclamó Rosenda, que no había cesado de lloriquear.

—Estén ustedes tranquilas. Desde luego, no es nada grave.

El doctor arregló su maletín y salió seguido de Rosenda.

Octavia quedó allí, sentada en una silla junto a la cabecera del lecho.

No apartaba de Luis los ojos. Y en su mirada había una especie de sumisa imploración.

Estaba profundamente arrepentida de haber causado aquel mal a su hijo.

Y la sonrisa resignada y dulce de Luis en aquellos momentos angustiosos representaba para ella una dura lección.

Cogió con ternura la mano de Luis.

—¡Hijo mío! — suspiró.

—No te inquietes, madre — respondió el muchacho—. Ya no tendrás que coger ese bastón de las mendigas de que hablabas. Busca en mis bolsillos. Tengo los pagarés. Me los

ha dado Sobral a cambio de que le facilitara la huída.

Octavia se quedó perpleja. Comprendió el enorme sacrificio que su hijo había hecho por ella y lo cruelmente que se lo había pagado.

—¡Hijo! ¡Hijo de mi alma! Tú exponiendo por mí la vida y yo...

—Calla, madre. Coge los pagarés y rómpelos.

Octavia obedeció.

—¡Con tu sangre los has pagado!

—Fué un buen golpe, ¿verdad?

— preguntó Luis, alegremente.

Pero Octavia estaba dominada por aquella angustiosa obsesión.

—¡Todo eso hiciste por tu madre, por una madre que no supo serlo para ti y que ha vivido obsesionada por el odio y por el rencor!

—¡Calla! — volvió Luis a interrumpirla.

Y en seguida añadió, cambiando de tono:

—Ahora quiero decirte una cosa, madre. La casa y el huerto son tuyos. Si tú quisieras...

—¿Qué es lo que he de querer, hijo mío?

—Venderlos. Podríamos irnos a otra parte, a otras tierras donde el pan sea más fácil de ganar. A la

Argentina, por ejemplo. Allí acaso encontráramos la felicidad.

Sonrió Octavia. Sabía muy bien lo que Luis ocultaba tras aquella proposición.

—¡La felicidad! La tuya es Arminda, ¿no?

—Arminda y tú, madre.

Y preguntó en son de súplica:

—¿Te parece bien?

—Hoy me parece bien todo lo que a ti te sirva de alegría. Te pro-

meto que nos marcharemos a América.

Luis, en una explosión de alegría, se incorporó y echó los brazos al cuello de su madre.

—¿Qué buena eres! — exclamó.

Y Octavia, correspondiendo a aquel abrazo con lágrimas de emoción y de ternura en los ojos, respondió:

—Bueno tú, que no conoces el rencor.

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIMOS PUBLICADOR.

La vida alegre
El gran desfilé
Miguel Sragoff o el
Correo del Zar
La princesa que supo
amor
El coche número 12
Sin familia
Mere Nostrum
Nada, el hombre que se
vació
Cobra
El día de Montecarlo
Vista bohemia
Lana
Adida, pavanudi
El padre errante
La mujer desolada
La tía Hanna
Caramba
Hotel Imperial
Don Juan, el burlador
de Sevilla
Noche imperial
El optimo cielo
Buen Gusto
Los vendiceros del fuego
La mariposa de un
Rinocer
El demonio y la carne
La catenena del labazo
La tierra de todos
Typhon
El ver de raras
La ciudad corizada
Sangre y viento
Agallas trionfantes
El sargento Malacare
El capitán Borel
El padre del edén
La princesa mártir
Fama
Dos amantes
El principe estudiante
Aos Rarentin
El destino de la carne
La mujer divina
Atlas
Cuatro hijos
El carnaval de Venecia
El ángel de la calle
La última risa
El zumbago
Asombró
La bailarina de la Ope-
ra
Moulin Rouge,
Don Añ.
Los cuatro diablos
Don, payaso, del
Vaude, vaude
La infancia política
Un correo manchado,
incongruente
La ruta de Singapore.
La actriz
Mister Wu,
René,
El despertar
La melodía del amor,
Las tres personas.
Crivina, la Holandesa.
¡Viva Madrid, que es
mi pueblo!
Sombras blancas.
La zupla andaluz.
Las casacas.
Llanos.
El conde de Montecristo
La mujer ligera.
Virgenes moriscas.
El prazano de Talahit.
Bastellos, diablos.
La senda del 94.
Kero en el cielo.
Hispalamos.
Hispalamos.
Orquideas salvajes.
El caballero.
Egoismo.
La maldice del diablo.
El pan nuestro de cada
día.
Vieja hidalguía.
Pocahón.
Ternación.
La podadora.
El beso.
Ella se va a la guerra.
Los hijos de nadie.
El pecador de perlas.
Santa Isabel de Cerés.
Las dos mártires.
La canción de la estepa.
El porcio de un beso.
La expedida del recuerdo
Delicadesas.
Del misterio-barro.
Rusticados.
Cuatro de infamia.
Olimpia.
Monsieur Sans-Gêne.
Sombras de gloria.
Mamba.
Ladrón de amor.
Molly Oa gran parada).
El valiente.
[De frente, marchand
Prim.
El presidio.
Naciones.
El gran chico.
Temperada.
El amor del mar.
Anne Crivina.
Sevilla de mis amores.
Hormonas nuevas.
Don-tiler (edición popu-
lar).
La incorregible.
El mazo.
El peso real.
Bajo el techo de París.
Vestimenta.
Monoceros.
Camión del infierno.
¡Mío será!
Atrevido.
La mujer que amama.
Al compás de 3-4.
La princesa se enamora.
Amoroso de amor.
El gran desfilé (edición
popular).
Du Harry, mujer de pa-
sion.
La vida alegre (edición
popular).
Angélica del infierno.
Cuerpo y alma.
El impostor.
Expresa a medlan.
Lecturas de la moda.
Pati Café.
Hay que casar al prin-
cipe.
Inmigración.
El proceso de Mary Du-
gan.
Marrucos.
En cada puerta un amor.
¡Cómicos a la mujer!
El millón.
La mujer K.
Gente alegre.
Mar de fondo.
La llama sagrada.
La ley del harén.
La fruta amarga.
Vinas trasquiladas.
La hera del mar.
Tand.
El pasado amara.
Paga porosa larga.
Traser Harin.
Un yosqui en la corte
del rey Arturo.
El cómplice penal.
La pura verdad.
Materidad, o el derecho
a la vida fuera de se-
rica).
Cachón (la tragedia de
la vida).
Estadísticas.
Las perspectivas de Skippy
¡Que viudas!
El camino de la vida.
Noche de Viena.
Mama.
Juan cruz.
Cher-Bibi.
Bocan, otra vez.
Camareros de lujo.
Los hijos de la calle.
La divorciada.
Madame Sofan.
¡Quiero un marido!
Marinera.
El carnet amarillo.
Historias a tu madre.
Su ultima noche.
Las alancas chicas de
Viena.
¡Viva la libertad!
Marsada.
El teniente del amor.
Delicados.
Cielo robado.
Amores ridulos.
Enferme entre amantes.
Para atravesar la luna.
El hombre que estaba
¡Ritaval!
La calle.
El profugo.
Milicia de paz.
Amores de mediodie.
Miguel Sragoff o el
Correo del Zar (edi-
ción popular).
La hermana San Sulpicio.
El demonio y la carne
(edición popular).
La dama misteriosa.
Las clavetas de la Vir-
gen.
Pereza de latia.
Al Capone (fántico en
Chicago).
Mi ultimo amor.
Muchachas de uniforme.
Muerto y mujer.
Masa-start.
Congruia (tarea de se-
ric).
Caracaras.
Erase una vez un vala.
Sombras en mi vida.
Nieta.
Nieto.
Invisible.
Tascan de los mamos.
El terror del asompa.
La vuelta al mundo por
Ovunque Paracanta.
Chira stan.
Ratón cazados.
Camp (al campo).
La carga del jaguar.
Los amores de José Ma-
rica (tarea de serie).
El caballero de la noche.
Asíste Lupin.
La dama del 12.
Amor en venta.
El pecado de Madelón.
Ciudad.
La casa de los muertos.
Tinares de cielo.
El proceso Orupus.
La vida de un gran ar-
tista.
El ultimo jardín sobre la
tierra.
Fammas.
Viruses imperiales.
Soy un fugitivo.
Terceta.
La película de los extra-
nos. Grand Hotel (ue-
ra de serie).
Hollywood al desnudo.
Sangre roja.
El doctor K.
Amma.
Primavera en cielo.
El hijo del destino.
Ella o ninguna.
El amor en la asompa.

El azul del cielo.	La novia de Macoña.	(Nueva de serie).	Cómo tú me dasas.
El monstruo de la ciudad.	Recas al pasar.	Los tres aboqueteros.	El relicario.
El hombre que se ríe	El mayor amor.	(Los Retiros de la	El amor y la muerte.
del amor.	El caprós fantasma.	reina).	Una viuda romántica.
Susana Lirios.	Al caprós.	Milady (2ª parte de Los	Masculin y la Zarina.
Morada de mujeres.	El color de la Monja Lis-	tres mosquiteros).	Susana tiene un secreto.
Mazos culsables.	ca (La Gloriosa).	Esclavitud.	20.000 años en Sing Sing.
La primera vez deslata.	La edad de amar.	La calle 42.	Huérfanos en Budapest.
La mano oscura.	Salvada.	Los dos lucifanías.	¿Milagro?
El rey de los gigantos.	Discreción por amor.	Cabalce.	Vivamos hoy.
El carpentero X.	Corazones sin rumbo.	Secretos.	
Los ojos misteriosos.	Corazones valientes.	La feria de la vida.	
Esta edad moderna.	Trista-Fugazot-Demare	Una morena y una rubia.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

LA SENSACIONAL NOVELA

LOS CRIMENES DEL MUSEO

por FAY WRAY y LIONEL ATWIL.

En preparación:

B O L I C H E

por IRUSTA, FUGAZOT y DEMARE.

EL CANTO DEL RUISEÑOR

por el «divo» PEPE ROMEU.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Pida los últimos catálogos, gratis y sin compromiso, y se le remitirán por riguroso turno.

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

32 páginas de texto. - 5 ilustraciones interiores. Postal-regalo. Precio 50 cts.

EL SOBRE SEMANAL y EL SOBRE DE CINE SONORO

Conteniendo una novella de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción, completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Caballistas del Oeste

Novela de aventuras para muchachos. 15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Precio 15 cts.

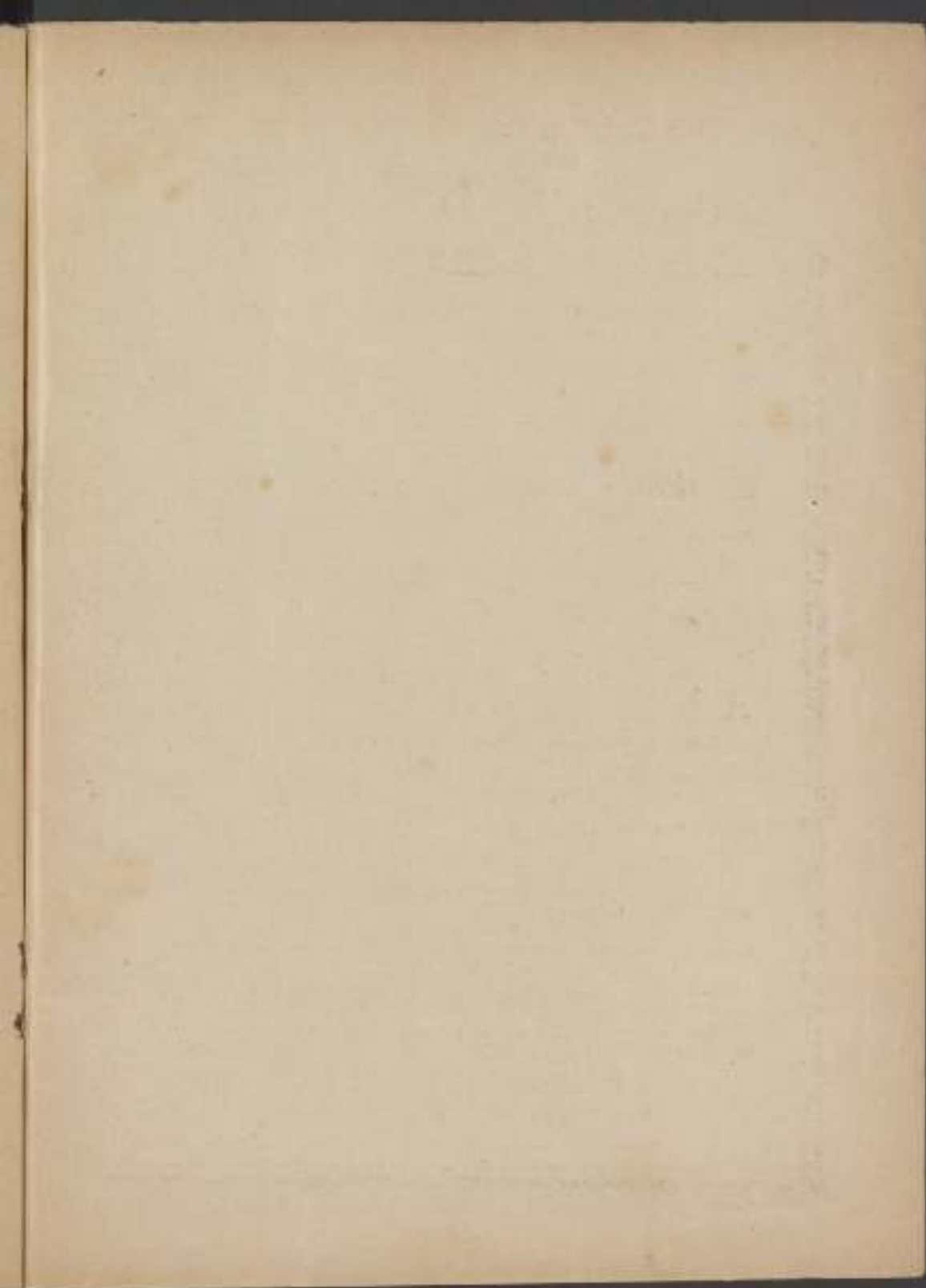
Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas. 250 títulos publicados. Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA



300-

E. B.

Precio: Una peseta